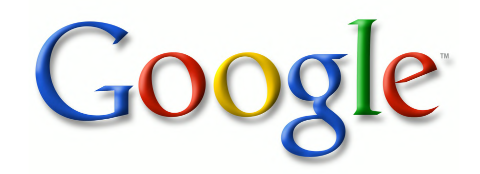
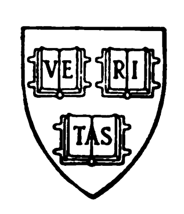

Google


VE RI
TAS







JUANA LA BRUJA



NOVELA HISTORICA

POR

JOSE CAICEDO ROJAS

1894

Bogotá
Imprenta de El Telegrama

JUANA LA BRUJA

NOVELA HISTORICA

POR

JOSE CAICEDO ROJAS

1894

Bogotá

Imprenta de El Telegrama

I

ACABABA de fundarse la Audiencia de la ciudad de Santafé, cuando ésta contaba apenas algunos años de existencia, y habían venido de España con tal objeto, entre otros, los Oidores Beltrán de Góngora y Andrés López de Galarza, cuya historia fue agitada y ruidosa, y su muerte trágica. Pero las quejas que se levantaron contra ellos fueron originadas más por emulaciones y cuestiones personales, como sucedía casi siempre en esos tiempos, que por su mal gobierno ó avieso carácter.

Estos dos sujetos eran jóvenes abogados, estudiosos, entendidos y bien intenciona-

dos, que se esmeraron en cumplir sus deberes y aumentar la yá bien sentada reputación de jurisconsultos que tenían en la Península, por lo mismo que iban á comenzar una carrera importante en el foro. El oficio de juez ha sido siempre delicado y peligroso; pero en las Audiencias de América lo era mucho más por la infinidad de competencias, ambiciones y bajas envidias de los pretendientes que trataban de hacerse lado en la Corte á costa del honor y de la fama de sus rivales.

El historiador Piedrahita hace el elogio de los Oidores Góngora y Galarza diciendo: "daban rienda al buen natural con que los había dotado el cielo con tan crecido interés de benevolencia, que la que no les granjeaban los beneficios por singulares, les conseguía la cortesía por general. Jamás les oyeron los reos palabra que desdijese del puesto, ni se empeñaron como jueces entre partes, sin que intentasen primero ser amigables componedores;

de que resultaba la quietud de las provincias, buen progreso de las conquistas," etc.

En esta sazón vino á tomar residencia al Licenciado Miguel Díez de Armendariz, el Licenciado Zurita, enviado por la Audiencia de la isla de Santo Domingo, la cual, para abreviar tiempo y distancia, conocía de las apelaciones y otros incidentes de los juicios de residencia. Pero los oidores se opusieron tan tenazmente á que se instaurase esta visita, en que ellos mismos estaban comprendidos, que Zurita tuvo que desistir de su comisión, y volverse por donde había venido.

Sin embargo, las pasiones eran entonces tan extremadas, ya entre los gobernantes, ya entre éstos y los gobernados, que no faltaron gentes de posición y valer que insistieran con instancia en reiterar quejas, fundadas ó no, para que la Corte enviara otro visitador enérgico, fiel servidor de Su Majestad y celoso defensor de sus intere-

ses, para que iniciase la visita contra la Audiencia.

La Corte envió, en efecto, con tal objeto, al Licenciado Juan de Montaño, de célebre y odiosa memoria, el cual entabló el juicio de residencia contra Armendariz y los otros dos oidores, con un rigor extremado y lo apresuró de tal modo, que pronto estuvo concluído y terminó por condenar á Góngora y Galarza, y enviarlos presos á España. La suerte se ensañó también contra estos dos infelices, víctimas del odio gratuito de Montaño, y lo que no hicieron los hombres se encargó de hacerlo la naturaleza. A pocos días de navegación de la flota en que iban se levantó un crudo temporal que azotando los buques casi los destrozó. La nave *Capitana*, en que iban ellos embarcados, se perdió por completo, sin que ni el Capitán, pilotos ni marineros, ni cuantos en ella iban, escapasen del desastre, ocurrido en altas horas

de la noche. Sólo el Capitán Antonio de Olalla, encomendero de Bogotá, tuvo la fortuna de escapar, por la circunstancia de ser enemigo de los oidores, y no queriendo hacer el viaje en el buque en que éstos iban, se trasbordó á otro buque, donde salvó la vida; pero no pudo salvar los cien mil pesos de oro de buena ley que embarcó y registró en la *Capitana*, los que se perdieron, así como otros varios caudales que allí iban de algunos vecinos de este reino.

Siempre es triste la suerte de un náufrago; pero mucho más lo es si va en calidad de preso, tal vez cargado de cadenas y sujeto á privaciones de todo género. Mas al fin, respecto de dichos oidores, hubo otra justicia —la de lo alto— que castigó los crímenes de aquel mal hombre. Sabidas son sus crueldades y desafueros tiránicos, comparables sólo á los que tres siglos después cometieron Morillo, Boves, Mora-

les, Enrile, Warleta y varios otros Tenientes de los *pacificadores*, todos de la misma escuela y de la misma estofa. ¿Quién no ha oído hablar con horror de las dos formidables cadenas que hizo fabricar Montaño para atormentar á los que no le eran afectos ó suponía reos de algún crimen? El odio popular lo llevó al fin á su país atado con una de las mismas monstruosas cadenas, que como un estigma de infamia conservaron siempre su nombre: *la cadena de Montaño.*

Una de esas cadenas era la que los tribunos del 20 de Julio de 1810 mostraban al pueblo ignorante, á manera de la túnica ensangrentada de César, diciéndole que el Gobierno español la había mandado fabricar para esclavizar á los americanos; cuando no fue sino obra exclusiva de Montaño, y sirvió en parte como cuerpo del delito para juzgarlo por sus excesos y crueldades y sentenciarlo al último suplicio, como sucedió en Valladolid, donde le

cortaron la cabeza, sin que aquel Gobierno quisiese oír nuevas reclamaciones de su parte.

Este sujeto fue una de las cosas más curiosas que hubo en la Colonia. Varios Magistrados excelentes se vieron en ella, hombres sanos y benéficos, y los hubo también muy malos; pero entre todos el más perverso fue esta fiera, que vino con el título de visitador. Epoca luctuosa fue aquélla para este pobre país, pues no hubo delito que no cometiera, ni atentado que no consumara: resoluciones arbitrarias, robos, estafas, peculados, venganzas, asesinatos, persecuciones; en fin, cuanto un mal hombre y un mal gobernante pueden hacer para la infelicidad de un país. En su juventud se llamó Juan Lavado, apellido que muy poco le cuadró nunca, pues toda su vida fue una mancha indeleble de sangre y cieno; con verter la suya fue que quedó lavado de sus crímenes.

Altivo y de condición áspera, amigo de

querellas y disturbios, se hacía aborrecible para todos, y sus enemigos, que eran muchos, le contaban los pasos y no perdían ocasión de tenderle algún lazo, como se lo tendieron, atribuyéndole cierta carta que cogieron y que parecía escrita de su mano á un amigo suyo que estaba en Popayán, en que, decían, le pedía el envío de ciertas gentes mal reputadas, sin duda para conspirar contra la Audiencia. La cosa subió de punto, y no pararon hasta que lo prendieron y, atado á una de sus dos famosas cadenas, le llevaron preso á España, donde sufrió la muerte merecida que yá se ha visto.

Pasaron algunos meses sin que se supiese de la suerte de los viajeros que salieron de esta ciudad aherrojados, por allá el año de 1560. Un viaje de aquí á España no se hacía entonces en treinta días, como ahora, ni los correos venían de allá cinco veces al mes, sino dos veces cada año. La navegación, tanto del río como

del mar, era trabajosa, expuesta á mil contratiempos y dilatadísima. No fue extraño, pues, que en mucho tiempo no se tuviese noticia de los oidores y sus compañeros. Pero en la madrugada de un día de Octubre aparecieron fijados en las paredes del Cabildo, en la plaza mayor, unos carteles escritos en grandes pero muy malos caracteres, en que se anunciaba que "la noche anterior, entre once y doce, y cerca de las islas Bermudas, había naufragado la flota que mandaba el Capitán Cosme Rodríguez Farfán, ahogándose el mismo Capitán, los dos Oidores Góngora y Galarza, don Pedro de Heredia, Alonso Téllez, escribano de Cámara, con otros letrados, procuradores y escribanos, y las muchas riquezas que iban en la *Capitana*."

Las varias gentes que á esa hora de la mañana se dirigían á misa, vieron los carteles, pero de las que pudieron leerlos, unas no le daban importancia á la noticia, otras no podían explicársela, y algunos, sorpren-

didos, fueron á dar aviso á la autoridad Vinieron, en efecto, algunos agentes, arrancándolos con cuidado los llevaron á Cabildo, donde se tomó razón de ellos Otro, más advertido, sacó una copia y la guardó.

II

Dejemos á los alcaldes y alguaciles haciendo averiguación sobre quién pudiera ser el autor de la chuscada, si lo era, como generalmente se creía, y tomando datos é informaciones para poner en claro un hecho tan extraño. Si el pueblo fue siempre amigo de novedades, y mucho más de aquello que tiende á lo maravilloso, júzguese cuál sería la duda que lo preocupó durante muchos días, y que dio materia á las conversaciones entre cierta clase de la sociedad más en aptitud de pensar y juzgar de estas cosas.

Dejemos también á nuestros oidores descansar, no en su tumba, que no la tuvieron, ni pudiera aplicárseles aquello de "la tierra les sea ligera," y que por bien servidos se darían de ir á reposar en el

vientre de algún enorme tiburón, que poco se cuidaría de devolverlos después vivos á la tierra como le sucedió á Jonás, y vamos á descorrer el velo que oculta este misterio.

Una noche del mes de Noviembre, fría, oscura y lluviosa, un hombre de mediana estatura, envuelto en una capa de paño burdo, con el sombrero chambergo calado hasta las cejas y la infalible espada al cinto, llamaba á la puerta de una casucha situada en la antigua calle llamada de *la Verbena,* nombre que ha desaparecido yá juntamente con la calle misma, que no se sabe dónde quedaba, sino únicamente que era en el barrio de Las Nieves, el más antiguo de la ciudad, y el más fecundo en aventuras nocturnas y lances misteriosos. Como el viento soplaba por intervalos con violencia, haciendo traquear las celosías de las casas vecinas y llevando la llovizna al rostro medio cubierto del desconocido, éste reiteraba sus golpes con las coyunturas de

la mano doblada, pero con precaución para no ser sentido por los muy pocos habitantes de la desierta callejuela. Al fin una voz de tiple preguntó desde adentro :

—¿ Quién llama ?

—Beltrán Penagos, contestó el hombre en voz baja y precipitada.

La indiecita que estaba adentro, abrió y, sin más preguntas ni respuestas, ambos siguieron al interior á la escasa luz de un espirante candil de sebo, habiendo antes cruzado el travesaño de palo de la puerta. Tras el oscuro zaguán empedrado atravesaron un patio cuyas paredes de tapia y barda, yá cubierta de yerba, daban por un lado á la calle contigua, lo que se veía en muchas casas de aquel arrabal, pues el terreno sobraba y las construcciones eran todavía pocas. En estas paredes se veía un proyecto de puerta á medio tapar con adobe, lo que sin duda tenía por objeto proporcionarse una pronta evasión en caso necesario.

El desconocido, sin necesidad de guía, emprendió la subida de una mezquina escalera cuyos peldaños de tablas se hallaban en estado ruinoso. Al llegar á la puerta estrecha que había en lo alto de la escalera, la persona que estaba dentro y que había sentido los pasos del que subía, corrió un postiguillo para cerciorarse antes de darle entrada.

—Sois vos, Beltrán ?

—El mismo ; ¿no reconocéis mis pasos ?

—Sí, pero como hacía días que no veniáis......

—Ya ! abrid y hablaremos.

La interlocutora era una mujer como de cuarenta años y no mal parecida, alta y delgada, de facciones regulares, pero en toda su persona se notaba un aire gastado y melancólico, efecto tal vez de grandes vigilias ó de grandes pasiones ; pero al mismo tiempo la nariz inflada, los labios recogidos hacia las extremidades, y la mirada

fija y penetrante, demostraban una grande energía de carácter y ánimo varonil.

El cuarto sombrío y desnudo de muebles, en que se hallaban sobre una mesa varias vasijas barnizadas, frascos de todos tamaños montoncitos de diferentes yerbas, una lámpara de cobre, sobre un fogoncillo construído en un ángulo de la sala, denunciaban que esta mujer, llamada Juana García, y á quien rara vez se veía en la calle, se ocupaba en algo diferente de las haciendas ordinarias de la mujer. Con el pequeño comercio que hacía de guisos y dulces que fabricaba la indiecita que la acompañaba, y algunos tejidos de mano, tenía para mantenerse escasamente. En gran reserva también recetaba á algunos, indios y campesinos sencillos que venían á consultarla, pues tenía entre ellos fama de médica; y esto le producía algunos reales. Probablemente sus medicamentos eran confeccionados por otro personaje de los tres que habitaban aquel zaquizamí, y

era una india vieja, madre de la joven de que yá hemos hablado, y que vino á abrir al nocturno visitante.

Evidentemente la Juana García era española, de las primeras mujeres que habían venido años antes, pero nadie sabía su origen ni la época de su traslación á América. Si tenía en su patria alguna secreta afición á las ciencias ocultas, que no era rara en aquellos siglos, aquí vino á desarrollarse practicando con uno de tantos indios de ambos sexos, que entre los muiscas tenían fama de adivinos, hechiceros ó nigrománticos, que ellos llamaban *mohanes*, los cuales poseían muchos secretos de yerbas y otras sustancias de virtudes para nosotros desconocidas. No puede decirse hasta dónde llegaba la ciencia de éstos y de la Juana García, ni es justo dar crédito á todo lo que de sus cábalas y hechicerías se refiere; así que sólo por vía de entretenimiento y noticias curiosas se

escriben estas líneas, dejando al buen sentido del lector juzgar de todo ello con el criterio de la verdadera ciencia y de la sana razón.

—Qué aires os traen por aquí? dijo Juana luégo que hubieron entrado ambos y cerrado de nuevo la puertecilla.

—Qué aires? El huracán que sopla por todas partes, contestó el recién venido sacudiendo la capa ya empapada por la lluvia, y que es señal, según dicen, de que los espíritus aéreos andan alborotados; probablemente la muerte que se ha dado algún gran pecador, ahorcándose de un árbol.

—Y tanto que así se vio el día que el visitador Montaño hizo degollar sin fórmula de juicio á don Pedro Salcedo, caballero de tántos méritos en la conquista de este reino, y juez en esta ciudad.

—Yá! como hizo con otros varios, aun de los mismos conquistadores, sólo porque manifestaban interés por sus víctimas, y

no se prestaban á secundar sus miras, ni aun aprobaban sus venganzas.

—Y que no valían los ruegos de su excelente esposa doña Catalina Somonte y de una prima de ésta que, movidas á compasión, interponían su débil influencia en el ánimo del monstruo. Pero decid, qué resultado ha tenido el asunto aquel que tánto ruido ha metido en la ciudad y que tan bien nos salió?

—Hasta ahora han sido inútiles las averiguaciones y pesquizas que se han hecho; sin embargo, como el asunto no se descuida, aunque sea por el bien parecer, pues nadie le da otro carácter que el de una broma, he creido prudente abstenerme de venir por acá y de presentarme mucho en público. Pero decid, ¿el suceso es tan exacto y verídico como lo referísteis?

—Tan cierto como que esa lámpara nos alumbra.

—Pues en verdad que no alumbra mucho.

—Yá veréis confirmado el caso punto por punto, si el diablo no enreda las cosas.

—Pero aún no os he dicho el objeto de mi visita. Se trata de una gran consulta que pronto tendréis entre manos, y aunque puramente personal, se desea una gran reserva.

—Como en todo lo que yo hago. Desgraciada de mí si se trascendiese algo de lo que no sea dar remedios para el reumatismo, la disentería ó el mal de ojo.

—Y desgraciado de mí también, si en vez de un ratón llegan á caer dos en la trampa! Pronto tendréis la visita de una señora que desea y espera salir por vuestra ciencia de una gran duda en que está y que la atormenta mucho.

—Y quién ha podido imponerla......

—Yá sabéis que con motivo de mi franca entrada á la casa del Corregidor Gómez Bernal y afectuosas relaciones que con ella tengo, he podido conocer y aun tratar

algo á la dicha señora, é informado de los motivos de su constante tristeza y del deseo de hallar remedio á ella, me atreví á hablarle de vos en mucha reserva. Acogió, no sin vacilar algún tanto, mi indicación y, sin parar mientes en los obstáculos, si no yá peligros, de una visita de esta naturaleza, se puso de acuerdo conmigo sobre el día y la hora en que debía tener lugar, precauciones que habían de tomarse, posibilidad de que vos hubiéseis de darle la noticia que apetece y demás circunstancias para el feliz éxito de su empresa. En cuanto yo pude, la tranquilicé, pintándole el alcance de vuestra ciencia y perspicacia, y ofreciéndole, no sólo ayudarla indirectamente, sino acompañarla yo mismo para protegerla contra cualquier percance desagradable. Juzgo que, aunque sean dulces esperanzas, y amigables consejos, pueden satisfacer sus deseos, si yá no fuera posible librarla enteramente de la tortura en que está. Así, pues, si no hay algún

grave inconveniente, ó si ella, recelosa todavía, y asustadiza, no desiste de su primera resolución, dentro de tercero día la tendréis aquí, y yo espero que la recibiréis como quien es y la trataréis con la bondad y dulzura que sabéis emplear para inspirarla confianza.

—¿ Pero quién es esa señora y qué es lo que pretende ?

—Eso os lo dirá ella misma, pues no estoy autorizado para revelar ni una ni otra cosa. Pasado mañana á esta hora nos tendréis aquí, y para dejaros en libertad y no ser importuno en vuestra conferencia me indicaréis el lugar en que puedo ocultarme sin ver ni oír nada. Creo que no os pesará, pues es persona rica y generosa y sabrá recompensaros con largueza.

—Advertidle, sin embargo, que no me oculte nada de lo que conviene saber y responda franca y sencillamente á todas mis preguntas.

—Yá! como que es una confesión la que va á hacer.

—O un enfermo que desea oír el diagnóstico del médico.

—Mejor diría yo, el pronóstico.

Con esto se despidieron, y alumbrado por la fatídica lámpara de dos picos bajó con precaución la escalera, que chirriaba bajo sus pies, y sin más guía ni conductor, salió embozado en su capa y calado el sombrero, después de haberse detenido en la puerta para observar si algún importuno transeúnte ó curioso vecino asomaba por ahí las narices, y á paso largo y cauteloso se dirigió á su habitación excusando las calles por donde podía tener algún encuentro.

III

No faltaron á la cita Beltrán y la anónima señora, y aunque la García bajó la mitad de la escalera, con la lámpara en la mano para recibirla, y su compañero la ofrecía la mano para que se apoyase, poco faltó para que sintiese desfallecer sus fuerzas y tuvo necesidad de detenerse unos momentos para respirar. Al fin llegó al aposento donde halló una mala silla de brazos que le ofreció Juana y en ella se dejó caer pálida y trémula.

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales, y después de ofrecerle un vaso de agua con vino, se retiró Penagos al lugar convenido. Pero nuestra incógnita, como temerosa de quedarse sola con la que ella yá tenía por bruja, y encomendándose

secretamente á Dios por estar persuadida de que con aquel paso le estaba ofendiendo pues que su religión le prohibía consultar adivinos y hechiceros, no permitió que aquel se retirase.

—No hay inconveniente, dijo con voz apagada, en que este amigo oiga lo que yo diga aquí, y más que está impuesto de lo principal del asunto.

Con lo cual y con permiso de Juana, tomó otro asiento.

—He venido aquí, á hurto de mis padres, agregó la desconocida, alzando un tanto el espeso velo negro que le cubría la cara, para tomar noticias de una persona que me interesa sobremanera, y de cuya suerte pende mi felicidad ó mi desgracia.

—Ante todo, interrumpió Juana, necesito saber vuestro nombre, edad, estado y otras circunstancias que me son indispensables. Dispuesta estoy á serviros hasta donde alcancen mis conocimientos, siempre bajo la más estricta reserva. Hablad con

franqueza; pero tened presente que vuestra propia suerte depende del secreto inviolable.

—Descuidad que por mi parte jamás será violado el secreto de lo que aquí pase. Yo me llamo Clara Gómez Bernal y Colmenares, hija del Regidor don Lorenzo Gómez Bernal, Procurador del Reino.

—Persona muy principal y reputada, según tengo entendido, dijo Juana. ¿Vuestra edad?

—He cumplido veintiún años por Diciembre.

—¿Sois casada ó soltera?

Un profundo suspiro fue toda la respuesta que dio doña Clara, y luégo agregó:

—En dias más felices para mi conocí un joven que visitaba nuestra casa. ¡Ojalá nunca le hubiera conocido!.. ... Figuraos un mozo de veinticinco años, alto y erguido, de dulce mirar y más dulce sonrisa. Aumentaban su gallardía los contrastes que hacían su negro y luciente bigote con

la blancura de los dientes que debajo de él se descubrían, y sus cejas, también negras y pobladas, con los grandes ojos de color de cielo. A esto se agregaban mucho donaire, mucha gracia en el hablar, salerosa discreción y nobles sentimientos. En fin, un caballero perfecto, modelo de hidalgos galanes. Un poeta habría dicho que la naturaleza había estado inspirada ó que......

—O cualquiera otro disparate de los que suelen decir los señores poetas y las señoras poetisas. No me habéis dicho su nombre.

—Se llama, ó se llamaba, que no sé si vive, don Gonzalo Zuláivar y Armenta, nieto del famoso Capitán don Gonzalo Suárez Rendón.

—¿Y está ausente?

—Hace más de un año, y eso vengo á saber de vos. ¿Qué es de don Gonzalo, dónde está, qué hace? No podré vivir mientras no lo sepa.

—¿Y él os dijo que os amaba?

—Me lo dijo tres veces.

—Es mucha sobriedad! ¿Y vos también se lo dijistéis?

—Pues! Siempre que me lo preguntó. Pujando ó no pujando...... le dije y le repetí que sí, que lo amaba...... Yo no sé mentir. He oído decir tantas cosas de los mentirosos.. ... y del padre de la mentira, que dicen es el diablo!

Un formidable estornudo de la García hizo temblar el aposento y saltar por encima de doña Clara una gata negra oculta debajo de la mesa, lo que atemorizó á nuestra joven.

—Nunca se debe mentir—agregó la Juana—pero mucho menos en el lugar en que estamos. Todo lo que se dice de los efectos de la mentira es la verdad.

—De otro modo los que lo dicen incurrirían ellos mismos en ese pecado.

—Y os hiso promesa de matrimonio vuestro amante?

—Ya lo creo, y en prenda de ella, me dio este anillo el mismo día en que cumplía yo los veinte años.

—Buen oro y rica esmeralda.

—Es de sus minas.

—¡Con que es acaudalado!

—Tiene regular fortuna.

—Vuestros padres tendrán noticia de este anillo.

—Nada les he dicho; pero no me atreví á rehusarlo. Me dio lástima...... me lo ofreció con una gracia y una sencillez encantadoras; pero ellos venían gustosos en esta mutua afición, por conocer mucho á don Gonzalo.

—Y qué le obligó á ausentarse?

—El deseo de aumentar su fortuna, para poder pedir mi mano. Un amigo íntimo suyo lo persuadió de que haciendo un viaje á la isla Española podrían duplicar su caudal en poco tiempo; y accediendo á esta sugestión partió, como os he dicho, ha más de un año y no he vuelto á saber de él.

Diciendo esto, enjugaba una lágrima que ya resbalaba por su pálida mejilla.

—No prueba eso mucho amor.

—Al contrario, creo que prueba demasiado. El quería, según me dijo, que una vez casados, pudiese yo competir en riqueza y lujo con las más altas familias del Reino.

Aquí se interrumpió el diálogo, y durante cinco minutos la García permaneció meditabunda y distraída, con la frente apoyada en la mano derecha, silencio que fue interrumpido por doña Clara, quien, como saliendo de un profundo sopor, dijo:

—Otro motivo me ha impelido á venir en solicitud de vuestra ciencia, y que puede serviros para daros más luces. Un sueño importuno, mejor diré, una pesadilla, me persigue hace días, me inquieta y me quita el sueño durante largas horas. He soñado frecuentemente que estoy en una sala ricamente adornada, donde hay muchas damas hermosas, y en medio de ellas veo á don Gonzalo, alegre y risueño, que les hace la

sorte, y que principalmente se dirige amable y obsequioso á la más bella. Nadie allí hace caso de mí; don Gonzalo me mira y se sonríe, y veo también en la blanca mano de aquella dama, sin duda mi feliz rival, un anillo semejante al mío. El sueño se desvanece, pero la impresión de él me dura tenazmente y me tiene preocupada todo el día.

—Y vos creéis en sueños?

—Según: la ley de Dios me manda no creer en ellos; pero el amor..... y los celos me arrastran, á pesar mío, á dar crédito á uno tan repetido y tan igual.

—Difícil es descifrar los sueños; pero haré entrar el vuéstro en mis cálculos.

Nuevo silencio volvió á sumir á los interlocutores en la abstracción y la somnolencia. Al fin, la hechicera, que así podríamos llamarla, hizo seña á Beltrán de que se acercase, y en voz baja le dio orden de que llenase de agua hasta el borde un gran lebrillo que sobre la mesa estaba, y habien-

do echado en ella alguna composición misteriosa que tomó de un frasco, cerró cuidadosamente la puerta que daba á la escalera y llamó á doña Clara para que se acercase, diciéndola:

—Mirad fijamente el fondo de ese lebrillo, pero quitaos antes vuestro anillo del dedo. El impediría que vieseis lo que deseáis.

La dama inclinó la cara sobre el agua. pero durante tres minutos nada vio.

—Fijáos bien y sin temor. ¿Qué véis?

Al cabo de unos instantes un grito se escapó de su pecho y estuvo á punto de desmayar.

—¿Qué véis? volvió á preguntarle Juana.

—Sí! él es! allí está don Gonzalo, en medio de várias damas, alegre y contento,

—¿Qué más véis?

—Veo un hombre que con unas grandes tijeras en la mano corta sobre una mesa una tela colorada.

—¡Muy bien! Ese hombre es un sastre que está cortando un vestido color de grana para una de las damas. ¿Queréis que le quitemos la manga que acaba de cortar?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es cierto todo lo que veo? ¿Qué tierra es esa dónde se halla don Gonzalo?

—Es la isla Española. El mismo está haciendo cortar ese vestido; ¿queréis tocar vos misma esa manga? Vedla ahora en el fondo del lebrillo.

Y diciendo esto, tomó la mano de doña Clara y la sumergió dentro del agua hasta el fondo. Al llegar á éste sus dedos tocaron una tela como de seda, y retirándola prontamente llena de estupor, vio con sus propios ojos la tela y la figura de la manga.

Aquí doña Clara, dando un grito, perdió el sentido; pero Juana la hizo volver en sí dándole á oler varias veces un pomito.

—¿Qué más véis? le preguntó de nuevo.

—Veo la inquietud y perplejidad que ha producido en el sastre y en todas esas per-

sonas la desaparición de la manga. Nadie puede explicar el misterio.

Ahora dadme vuestra mano, que quiero examinarla.

Beltrán descolgó una toalla que estaba pendiente de un clavo en la pared y habiéndosela enjugado con ella, Juana la hizo sentar de nuevo, y, vuelta la mano hacia arriba, comenzó á examinar con grande atención las rayas casi imperceptibles que la cruzaban en diferentes direcciones. Después de un largo examen la dijo:

—Consolaos, doña Clara: don Gonzalo volverá; ambos sereis felices, pero él tendrá mucho que sufrir en su honra, y sólo podrá justificarlo una de las personas que actualmente estamos en esta casa.

—¿Y cuándo será eso? dijo doña Clara entre gozosa y desconfiada.

—No puedo decíroslo, mas no tardará mucho.

—Pero esa conducta de Zuláivar... lo que yo he visto... esas damas, ese vestido......

—El os lo explicará todo.

Como el tiempo de que podía disponer era muy corto, y como la salida de la joven de su casa podía notarse, aunque el resto de la familia estaba fuera, se apresuraron á salir con todas las precauciones que el caso demandaba. Al tiempo de despedirse puso doña Clara con disimulo en la mano de la García dos monedas de oro, diciéndola:

—La una es por el *diagnóstico* y la otra por el *pronóstico*. Guardadlas, que no serán las últimas que pueda ofreceros por vuestros servicios, que agradezco en extremo.

Ni el vestido sencillo que llevaba, ni el paso mesurado que afectaban ella y su compañero habrían podido llamar la atención, fuera de que la hora y la oscuridad de la noche los ponían al abrigo de una importuna curiosidad. Escasa era entonces la población de esta ciudad y á esa hora todo el mundo estaba recogido; y en cuanto á alumbrado público ni de nombre se conocía.

IV

Pasaron algunos meses sin que nada de particular ocurriera en la tranquila ciudad que apenas contaba un quinto de siglo de fundada, y yá la afligida hija del Regidor Gómez comenzaba á dudar de la seriedad de los pronósticos de Juana García y á desconfiar de su buena fe, tomándola por una loca ó por una charlatana especuladora. Pero una mañana se oyeron sonar las campanas de las pocas iglesias que entonces existían. Había llegado la noche anterior el correo de España y ese era el motivo del júbilo general de la población, aunque no de todos los mandatarios, ni de una ú otra persona que temían el recibo de alguna mala noticia para ellas. Los primeros papeles y cartas que se abrieron daban las grata noticia de la profunda paz de que

disfrutaba la Península y todos sus dominios, y la no menos grata de que la importante salud de la familia real se mantenía inalterable.

Traía, además, la correspondencia oficial y privada la nueva de que la nave *Capitana* de la flota que conducía Cosme Rodríguez Farfán con el situado de dinero para el Gobierno y demás caudales embarcados, se habían perdido cerca de las islas Bermudas en la noche del 20 al 21 de Agosto, pereciendo en el naufragio, ocasionado por una formidable tormenta, toda la gente que en ella iba, entre otros don Pedro de Heredia, los Oidores Góngora y Galarza, á quienes enviaba presos de Santafé el visitador Montaño, y otros sujetos principales.

En el acto recordaron muchos que esta noticia se había dado hacía meses por carteles públicos manuscritos y fijados en las paredes del Cabildo. Aquí fue la sorpresa general y los comentarios del suceso. Del

Cabildo mismo se sacó el registro en que se tomó razón de dichos carteles, y los que tuvieron la precaución ó la curiosidad de copiarlos, se presentaron con ellos para que se hiciese la confrontación de las dos noticias, que, en efecto, resultaron en un todo conformes. Las gentes sencillas y crédulas se santiguaban aturdidas diciendo que era obra de hechicerías y pacto con el diablo. Otros disimulaban, pero todos se sentían sobrecogidos y en extremo preocupados juzgando que aquello no podía ser obra de la casualidad, ni de una burla, como se creyó al principio.

Pero lo más sorprendente de todo para la amante doña Clara, fue que con el mismo correo llegó el suspirado don Gonzalo, cuya ausencia tanto la había hecho sufrir. Así, pues, tuvo que cambiar de opinión respecto de la Juana García, y tributar gracias y alabanzas, no á ella, que era una pobre criatura digna de compasión, si no de desprecio para todo buen cristiano por sus

artes diabólicas, sino á Aquel que dijo "bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados."

Llegó aquel momento tanto tiempo deseado. Cesaron las ansias y las angustias de a enamorada joven, y un horizonte despejado y risueño reanimó sus casi muertas esperanzas, disipadas yá las dudas que sin cesar le amargaban la vida. Pero no fue tan completa su dicha como ella se lo imaginaba: todo el mundo sabía que don Gonzalo estaba en Santafé, como que era persona muy conocida; pero pasaban días y días y él ni se presentaba en la casa del Procurador, ni se dejaba ver en la calle. Y como en ese tiempo no había la costumbre galante de saludar á los amigos recién venidos por medio de una tarjeta ó un recado de atención, la perplejidad crecía y la alegría se enturbiaba con la perspectiva de algún cruel desengaño, de un cambio inmoitvado, de una que pudiera llamarse infidelidad de su amante.

¿Cuál era la causa de tan extraña conducta? Don Gonzalo había llegado enfermo. Esta fue la noticia que llevó Beltrán á doña Clara, después de haber estado oculto este acucioso agente por temor, no infundado, de que la noticia que trajo el correo y las nuevas pesquizas que con tal motivo se hacían pudieran conducir al descubrimiento de sus relaciones con la hechicera García y comprometerlo de un modo muy serio.

Pero cuando se abrió el cielo para doña Clara fue cuando su amante, repuesto ya de su indisposición, se personó en la casa del Regidor Gómez Bernal. Ni ella podía disimular su gozo, ni su lengua acertaba á pronunciar palabras de bienvenida, pues mil afectos encontrados la tenían como alelada y fuera de sí.

Fue Zuláivar tan bien recibido en la casa como siempre, con el aditamento de los plácemes y parabienes por su feliz regreso, y continuaron las relaciones en el pie que

tenían antes. No faltaron ocasiones de que los dos amantes hablasen solos y se comunicasen sus mutuos sentimientos, sus penas y esperanzas; y aquí era el atropellarse las preguntas, el animarse los diálogos...... Era la larga historia de un año, la historia de dos corazones separados por el tiempo y la distancia, pero unidos por el amor. ¿Qué es para éste el Océano entero, ni sus olas amenazadoras? Alguno ha dicho que la ausencia hace con el amor lo que el viento hace con el fuego: que extingue el pepueño y aviva y enciende más el grande. Clara quería saber hasta los últimos pormenores del viaje, todos los incidentes, contratiempos y aventuras de Zuláivar. Pero cuando él la preguntaba:

—¿Y mi dulce tormento qué ha hecho en todo este tiempo?—Ella contestaba suspirando:

—Mi monótona y acompasada vida ¿qu- podía permitirme sino pensar en vos y en comendaros á Dios en mis oraciones?

—Ellas me habrán salvado y traídome felizmente á vuestro lado.

Largo tiempo estuvo doña Clara reprimiendo la curiosidad de averiguar lo que ella había visto en casa de Juana, cuando se acercó al lebrillo lleno de agua; pero temblaba al pensar en los efectos de una indiscreción, si bien no podía ser su dicha cumplida, mientras no se desvanecieran los temores que constantemente le recordaban la escena aquella de la manga, que fue su eterna pesadilla. Sin embargo, la curiosidad femenil por un lado, la necesidad de asegurarse de que aquello era ó no una alucinación, un sueño, un parto de su imaginación enfermiza ó de una credulidad pueril, la hacían vacilar y muchas veces estuvo á punto de violar el secreto que había ofrecido guardar sobre aquella conferencia.

Estaban de por medio su porvenir, su tranquilidad, su dicha......... Además, ante tan graves intereses eran poco los de

una mujer misteriosa y embaucadora, que con sus cálculos y malas artes la habría tal vez engañado!...... Pero había ofrecido á fe de honrada dama, guardar absoluta reserva, y no quería que por su causa pudiese tal vez seguirse perjuicio á la mal aconsejada adivina. Lucha terrible fué ésta; pero su hidalga persistencia cedió al fin á las sugestiones de su amante corazón; flaqueó su perseverancia, y, como hija de Eva, quebrantó el precepto que ella misma se había impuesto. Un espíritu malo la había llevado á la casa de la nigromántica; pero un espíritu bueno la tranquilizaba acerca de la pureza y rectitud de sus intenciones. Al fin rompió el largo silencio:

Un día que don Gonzalo le refería ciertos incidentes de sus negocios en la Española, Clara no pudo contenerse y le interrumpió:

—Tengo una gran curiosidad que habéis de satisfacerme; ¿me lo prometéis?

—En todo lo que vos mandéis estoy pronto á satisfaceros.

—¿Qué hacíais en aquella isla el día tantos con aquellas damas hermosas y elegantes con quienes conversabais familiarmente, y quiénes eran?

—En verdad que no puedo recordar á qué hacéis alusión. En tanto tiempo como allí permanecíon es fácil decir qué damsa eran ésas, ni dónde estaba yo con ellas. ¿Pero cómo habéis sabido?......

—¿Queréis que os particularice más lo que sé, que os dé señas evidentes que os harán recordar, sin duda, lo que os pregunto? Con vosotros estaba un sastre, cortando con grandes tijeras un vestido de tela roja. ¿No recordáis lo que sucedió?

—Sin duda algún sueño que tuvisteis....

—No tal: no fue sueño.

—Alguna visión producida por la fiebre que tendríais.

—Visión sí, pero visión con mis ojos, perfectamente despierta, en mi sano juicio.

—Perdonad! eso no puede ser.

—Tan pudo ser, que toqué con mis ma-

nos la tela y la manga cortada, que tenía el sastre sobre el hombro.

La sorpresa de don Gonzalo iba subiendo de punto y no podía explicarse cómo siendo en todo verdad lo que decía doña Clara, podía saberlo ésta y afirmarlo con tánta seguridad. Ya se le encendía el rostro, ya se ponía pálido; los ojos se le salían de las órbitas; su mano temblaba al tomar la de la joven, la cual no estaba menos conmovida.

—Decid ¿no es cierto lo que refiero?

—Pero, ¿cómo habéis podido saber?.....

—Ese es un secreto que no puedo revelar.

—Luego ¿vos tenéis secretos para mí?

—Como para mí los tenéis vos.

—¿Quién os ha informado de todo eso?

—Yo misma, os digo.

Aquí se levantó de su asiento don Gonzalo, aturdido, desconcertado, en ademán de salir, pero aunque tomó el sombrero, volvió á acercarse á doña Clara, diciéndole:

—Exijo que me digáis qué misterio hay en todo esto; si vos ó yo hemos perdido, el juicio.

—No puedo revelaros por ahora ese secreto; me liga una palabra solemne. Más tarde lo sabréis, os lo prometo.

Despnés de un largo silencio, interrumpido por la llegada de alguna otra persona de la casa, Zuláivar disimuló su emoción, pero visiblemente turbado se despidió.

V

No pudo dormir nuestro amigo aquella noche: tal era la impresión que tan inesperado lance le había producido. A lo largo de su habitación se paseaba cavilando sin cesar en una cosa tan extraña, y procurando dar al enigma una solución siquiera verosímil. ¿Sería acaso su amante, bajo la apariencia de una dama del más alto mérito y virtud, una hechicera? No era posible imaginarlo: contra tal absurdo se revelaba el buen sentido; primero habría creído el asenderado amante que él mismo lo era. Poro en todo caso ese ángel de bondad y de dulzura andaría en tratos y relaciones ilícitas para un cristiano y para una persona de la buena sociedad con algunos de tantos jeques ó adi-

vinos como había entre los indios, ó con alguna maldita bruja de esas cuya existencia no podía negarse en absoluto?

Incertidumbre atroz! Lo que doña Clara decía haber visto era desgraciadamente cierto; todo lo que refería era punto por punto lo que había pasado, y, sobre todo, el episodio de la manga era tan evidente y tan raro, que no era posible negar el resto de esta peregrina historia. Don Gonzalo se devanaba inútilmente los sesos dando vueltas á un asunto que no tenía probabilidad de poner en claro, aun cuando su bella amiga le había ofrecido descubrirlo todo.

Esta esperanza le obligaba á repetir sus visitas, pues no podía sosegar, ni vivir tranquilo mientras tan importunas dudas le atormentasen.

Llegó por último el día que puso fin á sus ansias y en que se descorrió el fatal velo que le ocultaba la realidad.

A las nuevas instancias de don Gonzalo

cedió la incauta jóven, no sin exigirle nuevamente su palabra de no revelar á nadie lo que iba á oír. A lo cual dijo don Gonzalo:

—Yo guardaré reserva en todo lo que no sea contrario á mi honor ni al vuéstro, ni á la fidelidad que debo á Dios y al Rey

Aquí vaciló de nuevo doña Clara; pero mirando fijamente á su amante y confiada en la hidalguía del caballero y en el amor que él le mostraba, le refirió la intranquilidad en que había vivido durante su larga ausencia y silencio; cómo habían llegado á sus oídos funestos rumores de su inconstancia, de sus devaneos y tratos amorosos con una dama de aquella isla, y cómo aun se había hablado de su enlace con ella; cómo en su angustia y perplejidad, y en un momento de extravío, había aceptado la propuesta y los consejos de Beltrán Penagos para consultar á la adivina Juana García, con quien tenía ciertas relaciones

cómo, arriesgando su honor, su conciencia y aun su vida, había hecho aquella nocturna visita á la hechicera; y en fin, todo lo demás que yá sabe el lector, sin omitir aun los más insignificantes pormenores.

No salía de su estupor don Gonzalo, ni acababa de creer cómo doña Clara, siendo quien era, había tenido valor para dar un paso tan desacertado y que tánto podía comprometer su honra y su decoro; pero al mismo tiempo admiraba ese valor, que sólo tiene la mujer en las grandes situaciones y cuando se trata de gravísimos intereses. Por consiguiente, ese paso atrevido era para él una elocuente prueba del grande amor que le tenía. ¡Cómo no agradecer tan heroico sacrificio hecho en aras de una noble y extremada pasión!

Instaba doña Clara á don Gonzalo para que le dijese quiénes eran aquellas damas que ella había visto, y particularmente aquella con quien más familiarmente conversaba. Díjole éste que eran unas parien-

tas suyas por parte de madre, que habían venido á establecerse á la isla, y que en cuanto á familiaridad, sabido era que por allá las costumbres son diferentes de por acá en el interior; hay más confianza, más expansión en el trato y el ánimo está más dispuesto á la alegría.

—Pero, sin dudar de vuestra palabra, ¿qué prueba me daréis de ello?

—La prueba más de bulto que puedo daros es que no muy tarde aquella en quien os fijasteis más y que ha despertado vuestros celos, vendrá no muy tarde á San tafé, pues su madre, yá anciana y enferma conociendo que sus días serían muy pocos, me la recomendó encarecidamente, como que, faltando ella, su hija quedaría sola en el mundo, sin amparo, y así la confiaba á mi protección y cuidado. Si tal caso llega aprovecharé la primera ocasión para hacerla trasladar á esta ciudad, vivirá conmigo, y será vuestra mejor amiga y compañera, porque es persona excelente.

Meses después estaba yá arreglado el matrimonio de los dos jóvenes con gran regocijo de toda la casa y parentela que, vistas las prendas de uno y otro, y el amor que formaba tan dulces lazos, no podía ménos de augurar completa dicha para el nuevo hogar.

Mientras se hacían los preparativos para las fiestas de la boda llegó á noticia de la autoridad, no se sabe cómo (pues no era de sospecharse que don Gonzalo, ni aun indirectamente, tuviese parte en el denuncio), de que Juana García ejercía ocultamente el arte adivinatorio, decía la buena ventura, y en fin, practicaba las cábalas y sortilegios de la nigromancia, todo bajo juramento de estricta reserva, y so pena de que, en caso contrario, ella misma tomaría terribles venganzas.

Beltrán, que todo lo husmeaba en los corrillos, en las oficinas y en todas partes, sorprendió algunas palabras de los emplea-

dos subalternos de Cabildo, que conversaban secretamente, y coligió que se trataba de un denuncio sobre Juana García, denuncio que había de tener por resultado la prisión de ésta y el consiguiente juicio que e le había de seguir. Alarmado justamente, se apresuró á trasladarse á la habitación de ésta apenas entrada la noche y le dio el aviso de lo que había sabido, pero sin po der explicarle el origen de la noticia que había llegado á la autoridad.

La hechicera se inmutó en los primeros momentos, porque no se le ocultaba la suerte que podía correr y las molestias que tendría que sufrir; pero recobrando siempre su ánimo varonil, dijo á Beltrán;

—No me sorprende esto: yo bien sabía que había de suceder. Bien se me alcanza el origen del denuncio; ¿pero si la Justicia deja caer sobre mí el peso de su rigor, no seré yo la única víctima suya.

—Lo que importa es que os apresuréis á huír y poneros en salvo, dijo Beltrán. Un

momento de tardanza podría ser funesto para vos y para mí. Adiós.

—No, no os dejaré ir sin que me ayudéis á abrir la puerta que está tapada con adobes sueltos, porque no sería prudente la evasión por el portón, á donde se dirigirán naturalmente los agentes.

Beltrán, aunque lleno de terror, tuvo que ceder, y mientras Juana preparaba un lío con ropa y algún avío, él se puso á sacar adobes, operación que concluyeron juntos abriendo prontamente un hueco por donde con poco esfuerzo cabía una persona. Salieron ambos, y despidiéndose con un simple adiós, Penagos tomó cautelosamente la dirección de su casa y la García se encaminó precipitadamenro hacia la extremidad del barrio por el Norte.

Por aquellos alrededores desiertos no había sino tal cual rancho pajizo y miserable en que se alojaban algunos indios que cuidaban una escasa sementera de maíz ó algún pequeño hato de vacas, que yá comenzaban á multiplicarse.

La primera intención de la hechicera fue dirigirse á cierto pueblo del otro lado de la cordillera, probablemente Guatavita, donde tenía ella algunas relaciones, especialmente con un jeque ó *mohán*, que la había instruído en varios secretos; pero no se creía segura allí por eso mismo, y resolvió quedarse por algunos días en un bohío abandonado y tan extraviado de todo camino, que no era fácil dar con él.

Allí se refugió, y entretanto los agentes de la justicia llegaron á la casa al día siguiente de la fuga, y después de escrupuloso registro, sólo hallaron á la india vieja y á la muchacha que la acompañaba, las cuales nada pudieron informarles, y para las averiguación de los hechos las llevaron presas.

Juana García permaneció algunos días en su escondrijo, mientras creyó que había algún peligro; pero al fin regresó con las mismas precauciones á su habitación, donde estuvo oculta, con ánimo de ausentarse de-

finitivamente de Santafé. Sin embargo, la actividad con que se procedía por las autoridades en el descubrimiento y castigo de los delitos, y el celo por los intereses de la fe y de la religión, si dejaban estudiosamente en suspenso por algunos días las pesquizas, era para mejor sorprender á los incautos y renovarlas con más eficacia. Y así sucedió en el presente caso.

VI

En la madrugada del día mismo en que debía celebrarse el matrimonio de don Gonzalo con doña Clara, fue prendida Juana García y conducida á la cárcel de mujeres. De camino por las calles principales, encontraron la comitiva que con los novios, que acababan de recibir la bendición nupcial, salía del templo y se dirigían á la casa del Regidor. Funesto encuentro! Juana García se detuvo un momento para mirar á los recién casados y exclamó:

—Unos van á la cárcel y otros al festín. Don Gonzalo, tomad hoy una copa á mi salud y á la de mi amiga doña Clara. Pero cuidado, que sus hechizos—y acentuó esta palabra—no se tornen en desventura para ambos!

Como alzaba cada vez más la voz, los alguaciles que la conducían la hicieron callar y, empujándola, apresuraron el paso.

Cuando doña Clara reconoció á Juana y percibió algunas de las palabras que decía, se atemorizó de tal manera que, pálida y trémula, tuvo que apoyarse en el brazo de sus esposo para no perder el sentido. Aquellas palabras fatídicas encerraban alguna terrible amenaza? ¡ Cuántas ideas extrañas, cuántos confusos temores se agolparon á la imaginación, no sólo de doña Clara, sino también de don Gonzalo! Sospechas crueles, temores vagos, venían enturbiar la dicha de que gozaban, y que al salir del templo rebozaba en sus semblantes y en sus corazones! General sensación causó en los circunstantes este desagradable incidente: pero creyendo que aquella mujer era una loca, se disipó la primera impresión y más divirtió que alarmó á los curiosos y noveleros que llenaban la calle.

Los amigos íntimos y parientes cercanos habían sido invitados á almorzar á la casa de Gómez Bernal después de la ceremonia, y una docena de personas sentadas á la mesa felicitaban llenas de júbilo á los novios y á los padres de éstos y les auguraban dicha colmada. Pero cuando, después del primer plato, los recién casados fueron invitados á tomar un vaso de vino añejo, y don Gonzalo llenó el suyo y el de su esposa, ésta palideció, y su sonrisa se cambió repentinamente en claras muestras de ansiedad. Las fuerzas le faltaron, y dejándose caer sobre el espaldar de la silla, soltó el vaso que tenía en la mano, cuando Zuláivar llevaba el suyo á los labios. La sorpresa fue general: todos se levantaron y corrieron á ella, creyendo el accidente grave; su padre quiso tranquilizarlos, y dijo:

—No es nada: las emociones del día, los encontrados afectos de su ánimo en ocasión como ésta, le han producido alguna ligera indisposición en la salud.

—Sí ! agregaron otros, haciéndola tomar unos tragos de vino, mientras las mujeres que allí había la frotaban con el mismo.

La joven desposada recobró al fin el sentido, que le había hecho perder el recuerdo de aquellas palabras de la García : "Don Gonzalo ! tomad hoy una copa á mi salud y á la de mi amiga doña Clara ; pero cuidado que sus hechizos no se tornen en desventura para ¡ambos !

Terminado el almuerzo, la interesante novia procuró mostrarse alegre y risueña con los convidados ; pero los colores no habían vuelto á sus mejillas, y aún se echaban de ver en su semblante las huellas de la honda conmoción que había experimentado. A pesar suyo volvía con frecuencia á su distracción, y apenas eran parte á sacarla de ella las caricias y dulces palabras de su esposo.

El día siguiente se inició el juicio, que hoy pudiéramos llamar de policía, lo que se ejecutó sumariamente. como lo reque-

ría la materia de él, es decir, que no habiendo acusador, se procedía únicamente sobre sospechas y referencias de personas que estaban, aunque vagamente, al cabo del oficio prohibido que ejercía la Juana.

Y entre esos rumores vagos servían de fundamento la historia de la *manga perdida*, la presunción de que la misma hechicera era la autora de los carteles fijados en las paredes del Cabildo, y últimamente el conocimiento de que ella decía la buena ventura por la inspección de las rayas de la mano.

Hubo quien dijese, aunque sin afirmarlo, que en ciertos días se la veía venir apresuradamente á su habitación, y como por los aires, al primer canto del gallo, lo que hacía sospechar que volvía de celebrar con otros brujos y brujas sus misteriosas asambleas: ilusiones de la candorosa sencillez de gentes ignorantes y propensas á dar á todo las proporciones de lo maravilloso.

Por las acuciosas investigaciones que se

hicieron se logró que algunas gentes del pueblo declarasen algo de lo dicho; mas todas las dudas se disiparon cuando se hizo comparecer á Juana García.

Fuese por el temor de la suerte que ta vez le aguardaba, según las severas leyes de la época; fuese por un sincero arrepentimiento de sus descaminos, y la persuación de que el oficio que ejercía era más perjudicial que útil, aun para ella misma, lo cierto es que ella confesó de llano en plano todo aquello de que se la acusaba, en el interrogatorio que se le hizo.

A las varias preguntas que se le hicieron contestó sin turbarse:

—Me llamo Juana García; soy natural de Sevilla; vine de mi tierra hace un año, en compañía de unos paisanos que se embarcaban para América en busca de fortuna; no tengo parientes ni familia; cuento treinta y nueve años de edad.

—¿Fuisteis vos—le preguntó el Juez—la autora de los carteles que aciere fija-darno

dos en las paredes del Cabildo, anunciando el naufragio de los Oidores Góngora y Galarza ?

—Yo fui la autora de ellos.

—¿ Cómo supisteis tal acontecimiento á tan larga distancia y en tan corto tiempo ?

—Por un sueño que tuve esa noche.

—Luego vos creéis en sueños ?

—Son tantos los sueños que he tenido y que se han realizado punto por punto, que no pude dudar de éste.

—Fuisteis vos á quien consultó una dama principal de esta ciudad para saber el paradero de un caballero ausente ?

—Yo misma fui.

—¿ Y es cierto que la hicisteis ver al dicho caballero con otras damas, haciéndola mirar en un lebrillo lleno de agua ?

—También fui yo,

—¿ Y la manga que ella vio y tocó allí con sus manos era la que había cortado un sastre que allí estaba con esas personas ?

—La misma.

—¿Y por qué artes diabólicas lograsteis tal alucinación?

—Poseo varios secretos que puedo enseñar á quien lo desee.

—¿Luego sois bruja, hechicera ó tenéis pacto con el diablo?

—No soy bruja, ni tengo pacto con el diablo.

—¿Y sabéis que esas artes están prohibidas por las leyes divinas y humanas?

—Así lo supongo.

—¿Qué cómplices tenéis ó habéis tenido en vuestros sortilegios y hechicerías?

—No he tenido más que uno.

—¿Quién es?

Aquí vaciló unos momentos la acusada, pero instada nuevamente para que respondiese, contestó:

—No he tenido más cómplices que...... doña Clara Gómez Bernal......

Un movimiento general de sorpresa en los circunstantes, hizo suspender por unos momentos el interrogatorio.

—Cómo puede ser eso ! continuó el Juez.

—Como puede ser y como lo digo.

—¿ Os afirmáis en vuestro dicho con entera seguridad ?

—Me afirmo.

—Pues no fue á consultaros esa señora ?

—Ya había ido otras veces á consultarme sobre asuntos secretos que no debo revelar, y al fin, tomando afición al oficio, se hizo mi auxiliar y me ayudaba en muchas de mis operaciones.

Nueva sorpresa se manifestó en los oyentes, y no sabiendo el Juez hasta dónde irían á parar tales revelaciones, creyó prudente suspender el interrogatorio, citando para el siguiente día, pero con el ánimo de pasar lo actuado á conocimiento de la autoridad superior, por si había algo que sustanciar entre tanto.

No era posible, en efecto, creer que la joven doña Clara, que acababa de casarse el día anterior, y cuya virtud é intachable conducta eran notorias en la ciudad, fuese

capaz de semejante proceder, y mucho más increíble se hacía por ser hija de familia y estar naturalmente vigilada por sus padres.

Las palabras que la acusada había dirigido á doña Clara cuando se encontró con ella al salir del templo, donde ella y don Gonzalo habían recibido la bendición nupcial, podían ser un indicio, aunque leve, de la verdad de lo que aquélla decía: "unos van á la cárcel y otros van al festín...... Cuidado don Gonzalo con los *hechizos* de vuestra esposa! ......" A ello se agregaba el accidente que ésta había experimentado al tomar en la mesa la primera copa con su marido. Pero ¡cómo renunciar á la convicción moral, casi á la evidencia, de que en aquello había por lo menos un misterio inexplicable, y de que el cargo era tal vez una calumnia miserable de una bruja, resentida quizá porque doña Clara no habría remunerado, como aquélla lo deseara, la consulta que le hizo!

Con un pretexto cualquiera—que nunca

faltan en estos casos—subieron las diligencias al Juez superior, quien, desconcertado y atónito con su lectura, no sabía qué pensar ni qué resolver. Al fin le ocurrió dirigirlas en reserva al señor Obispo Barrios, quien, además de la influencia oficial y privada que solía ejercer en muchos negocios importantes, era sujeto muy querido y respetado y su consejo se atendía siempre como muy acertado. El conocía mucho y respetaba á la familia del Procurador, y aun era confesor de doña Clara. Por todo lo cual se le suplicaba estudiase el asunto, con tanto más interés cuanto se trataba de una causa en que él, como Prelado, tendría que intervenir más tarde. Bien entendido que su parecer debería ser puramente confidencial, mientras llegaba la ocasión de conocer de él oficialmente.

Tan pronto como el Prelado se enteró del asunto, envió aviso á don Gonzalo de que pasase á su Despacho acompañado de su esposa, á fin de tratar de un asunto ur-

gente, lo que sucedió en el mismo día Después de un preámbulo que tenía po objeto prevenir la impresión que sin duda produciría en ellos esta conferencia, el señor Barrios les leyó la declaración rendida por la Juana García, no sin grande estupor de los recién casados y extrañeza de mismo Obispo, quien se informó muy por menor de todas las circunstancias que podían dar luz sobre el asunto.

La sorpresa de doña Clara pronto se resolvió en copioso llanto, y arrojándose á los pies del Prelado, con acento de la más profunda amargura, le dijo:

—Señor, el cielo me es testigo de que todo lo que ha dicho esa mujer es una calumnia. Este testimonio bastaría para mi conciencia; pero tengo un marido á quien debo satisfacer y de cuyo honor soy depositaria; tengo padres á quienes amo y respeto...... en fin, tengo yo misma una honra que guardar y conservar ilesa para los seres que me son queridos, y para la socie-

dad misma. Así, invoco otro testimonio más directo y más irrecusable: el de Usía Ilustrísima, que ha sido mi confesor durante mucho tiempo, y que conoce hasta los más recónditos secretos de mi corazón!

Durante este apóstrofe el Prelado había levantado del suelo á doña Clara y héchola sentar en un sitial.

—Tranquilizáos, la dijo en tono lleno de dulzura. Fuí, no sólo vuestro director espiritual, sino vuestro amigo y vuestro Pastor. Mi deber es arreglar este delicado asunto y espero poder hacerlo. En cuanto á vuestro esposo, él debe persuadirse de vuestra inocencia, puesto que yo salgo garante de ella.

—Nunca dudé de ella, dijo Zuláivar, pero tan ruidoso proceso no dejará de dañar á la reputación de esta mujer á quien he unido mi suerte y confiado mi propia honra y la felicidad de mi vida. El pueblo siempre se inclina á pensar mal; no faltan envidiosos de la dicha ajena. ¡Cómo desvanecer la desfavorable impresión!......

—Descuidad: mi carácter, el puesto que ocupo, no mis propios méritos, me dan, por fortuna, cierto ascendiente. ¿Quién se atrevería á dudar de mi dicho? Lo que os aconsejo es la moderación y la prudencia.

—Oh! ¡cuán difícil es perdonar una calumnia que tiene caracteres de tánta malicia! Mujer infame y cruel, peor que el ladrón y el asesino!

Pasado un largo rato, mientras la afligida esposa se reponía de su emoción, y tranquilizados uno y otro con las promesas del Prelado, salieron de la casa episcopal yá entrada la noche, no sin que se notasen en el bello semblante de doña Clara las huellas de un mal reprimido llanto que por intervalos asomaba á sus ojos.

VII

Para no seguir en todos sus pormenores el curso é incidentes de este juicio extraordinario, único en su género, pudiera decirse, pues ninguno de su especie había ocurrido en la Colonia desde el tiempo de la conquista, y en que la Iglesia tenía más parte que el Gobierno civil, como que se trataba de hechicerías y sortilegios sólo diremos que, seguidos los trámites legales, pero sumarios, se proveyó con prontitud.

No faltaron varias otras personas que declarasen después cuando el señor Obispo se avocó el conocimiento de la causa, y de esas declaraciones resultaron cargos contra una que otra persona principal que había caído ocultamente en la red de la famosa hechicera; pero sujetos de alta

posición y valía, como el Capitán Zorro, el Capitán Céspedes, Juan Tafur, Juan Ruiz de Orejuela y otros, acudieron al señor Obispo, suplicándole no se pusiese en ejecución la sentencia que yá había pronunciado contra todos los que aparecieron culpados; que considerase que la tierra era nueva y que era mancharla y desacreditarla con lo proveído, pudiendo ser motivo de disturbios y agitaciones. Tanto le apretaron á Su Señoría que depuso el auto, y sólo quedó vigente respecto de Juana García, que era la autora y responsable de todo el mal, y de la cual no podía tenerse confianza en lo sucesivo, siendo una causa permanente de desorden, de inmoralidad y de mal ejemplo. El escarmiento hecho con ella podía cortar de raíz el mal é impedir que se propagase la funesta plaga de los adivinos.

Entre los que se presentaron á deponer se hallaba Beltrán Penagos, quien aseguró constarle que doña Clara Gómez Bernal

no había ocurrido sino una sola vez á consultar á Juana García sobre el paradero del que hoy era su esposo, don Gonzalo Zuláivar, y eso por consejo ó insinuación del mismo Penagos, que sabía era consultada por varias personas, y que él mismo la había conducido y presenciado todo lo que pasó en la conferencia. Parecía una inconsecuencia la de Beltrán para con la que pudiera llamarse su amiga, y á la cual él mismo había ayudado inocentemente en ocasiones; pero un fondo de hidalguía y honradez que le era característico lo hacía indignarse al ver la mala fe y la baja conducta de aquella mujer. No podía él tolerar que calumnias tan infame y venganza tan ruin manchasen el honor de doña Clara, á quien conocía perfectamente.

Las mismas indias que acompañaban á la García, en medio de su estolidez, no pudieron menos de condenar la pérfida conducta de ésta, y bien fuese por ese sentimiento natural de justicia, ó bien por el

temor del castigo que esperaban y del cual creían poder librarse, depusieron en favor de doña Clara, asegurando que la única vez que habían visto á ésta en casa de la adivina era aquella en que había ido acompañada de Beltrán.

Después de prolijo examen y atenta lectura de los autos y de implorar el auxilio divino para obtener el acierto en la decisión, el señor Barrios pronunció su sentencia contra Juana García, declarándola maga y hechicera, separada por ende de la Iglesia, incursa en excomunión mayor, y condenada, de acuerdo con la autoridad civil, á destierro perpetuo del Reino y sus dominios. Y aunque esta excomunión era de las que llaman de *latæ sententiæ* por incurrirse en ella en el momento de cometerse la falta, sin necesidad de otras prácticas ó ceremonias especiales, el Prelado quiso que, yá que éste era el primer caso que ocurría en el Reino, fuese rodeado de toda la solemnidad posible

para escarmiento futuro y lección saludable que debía darse al pueblo.

Se dispuso que la ceremonia tuviese lugar en Santo Domingo, una de las pocas iglesias que entonces había en la ciudad. En el centro de ella había un tablado cubierto con paños negros, y en sus cuatro ángulos cirios verdes. En el presbiterio, á mano derecha, se veía una mesa cubierta con carpeta morada, encima de ella un cojín y detrás un gran sillón, todo del mismo color y sin adorno alguno; y al lado opuesto otra mesa, donde había un crucifijo entre dos cirios verdes.

A la hora de la misa mayor desfiló pausadamente la comunidad de dominicanos con sus hábitos blancos, como una bandada de palomas, calada la capilla, y con los brazos cruzados dentro de las anchas mangas. Cerraban la marcha los Prelados del convento que habían salido á recibir al Obispo con su comitiva, y todos ocuparon sus respectivos puestos, lo mismo que las

autoridades, varios de los Capitanes y otras personas notables. Después de algunos momentos de espectativa, se oyó un rumor sordo, y todas las miradas se dirigieron hacia el lado por donde los familiares de la curia y algunos corchetes conducían á la sentenciada. Traía puesto un grande escapulario y una coroza en la cabeza, y mientras se ofició la misa la hicieron ponerse de rodillas sobre el tablado, teniendo un cirio verde en la mano.

Terminada la misa, los Prelados y la comunidad entonaron algunos salmos penitenciales, y la hechicera, conducida é hincada á los pies del señor Obispo, recibió de mano de éste en las espaldas con un haz de varas de rosa tantos ligeros golpes cuantos versículos se cantaban. Pero como aquello no era un castigo corporal, sino una mera ceremonia, las varas se habían limpiado previamente, despojándolas de espinas y escabrosidades; así los golpes eran tan suaves, que habría podido sufrirlos sin

dolor hasta un niño; á manera de aquella *bofetada* que se da al que recibe el sacramento de la confirmación, la cual más parece una caricia que una bofetada.

Algunos de los concurrentes rezaban; las mujeres lloraban, y todos miraban con curiosidad; y cuando el Prelado pronunció en alta voz aquellas solemnes palabras: *vade retro, Satana!* todos se estremecieron y repitieron el conjuro. La ceremonia terminó con la lectura del edicto en que se imponía la censura, durante lo cual todos los cirios se apagaron sumergiéndolos en agua bendita.

Las lágrimas y sollozos en que prorrumpió la penitenciada, se confundían con el murmullo del curioso concurso, y hacían que se disminuyese el horror con que muchos la miraban, para dar lugar á la conmiseración.

Terminado el acto, durante el cual las campanas de la Catedral y de las demás iglesias tocaban plegaria con lúgubre són,

llevaron de nuevo á la acusada á la prisión en que estaba, y algunos días después la echaron fuera del Reino, donde había dado más de un escándalo. Por fortuna, pareció arrepentirse de todo y pedir perdón, ofreciendo dejar para siempre este mal oficio.

Si el Tribunal de la Inquisición hubiese existido en Santafé, otros hubieran sido los, trámites de este proceso. Los que no conocen nuestra historia creen que, en efecto, lo había, con todo su cortejo de hogueras sambenitos y tormentos. ¡ Lastimosa ignorancia ! En toda la vasta extensión de estos dominios no existió tal Tribunal. Se estableció en Cartagena y hubo en efecto, un simulacro suyo, ; pero no llegó á funcionar como en otros países, ni hubo allí brujas quemadas, ni autos de fe, ni otras atrocidades de que están llenas las leyendas y las cabezas de algunos.

Se estableció dicho Tribunal en aquella ciudad en 1611, con jurisdicción en todo el *Nuevo Reino de Granada*, islas de Barlo

vento, y aun en todas las Provincias sujetas á la Audiencia de Santo Domingo; y se nombraron dos inquisidores y un Fiscal, que más bien eran títulos colorados, como el de Calificador, que tenía nuestro historiador el Obispo Piedrahita: verdaderas sinecuras sin funciones ni obvenciones. Si otra cosa hubiera sido, esos inquisidores habrían hecho sentir su autoridad durante los disturbios é inauditos escándalos que hubo en la misma ciudad á fines del siglo XVII, en que se desconoció la autoridad del Obispo Benavides y se declaró un verdadero cisma entre él y los funcionarios civiles; colisión en que tomaron parte los tales inquisidores, poniéndose del lado del Gobernador y contra el Prelado.

No se sabe que esos funcionarios, facciosos y rebeldes contra su misma institución, hicieran uso de sus facultades, quemando infieles y herejes, brujas ni hechiceras. Si así hubiera sido, no habría faltado algún historiador que nos lo refi-

riese, con un cincuenta por ciento de recargo, por si acaso se quedaba corta la relación; así como no ha faltado algún periódico de esta capital que asegura que á la protagonista de esta novela la quemaron en Santafé por bruja.

No sería mucha la importancia que se daba á ese simulacro de inquisición, cuando el Pacificador Morillo, antes de atropellar las inmunidades eclesiásticas en las personas de los Gobernadores del Arzobispado, dice nuestro historiador Groot, "quiso dar una prueba espléndida de su religiosidad y respeto por la Iglesia recibiéndose en Cartagena de alguacil de la inquisición, y aunque se le dio título, no quiso usar de él en sus *Memorias.*" Se comprende que el famoso Jefe de la expedición pacificadora, que se titulaba *Conde de Cartagena* y *Marqués de la Puerta*, no quisiese descender á ejercer el triste oficio de corchete.

VIII

Sin embargo, dos acontecimientos notables, uno del orden civil y otro del orden eclesiástico, vinieron á eclipsar hasta cierto punto la importancia de aquel otro· Coincidieron con él la venida del primer Presidente del Reino don Andrés Díez Venero de Leiva, que acertó á llegar á Santafé cuando apenas estaba fresca la impresión de las escenas que acaban de describirse; y la erección de la Sede episcopal en Sede arzobispal, tocándole este primer honor al benemérito señor Barrios. Acontecimientos tan ruidosos, en que toda la población debía tomar parte, distrajeron la atención general llamándola hacia ellos y haciéndo que se olvidase en parte la pronta ejecución de la sentencia dictada contra la supuesta bruja.

Pero al fin, al amanecer de un día, que no se había fijado, para no llamar la atención del pueblo, salió Juana García de Santafé, escoltada por dos agentes de la justicia, que tenían orden de llevarla hasta el embarcadero de la laguna de Fontibón, que estaba en la estancia de Juan de Aranda, y desde donde se extendía este gran lago por todo el fondo de la Sabana, en un trayecto de más de tres leguas, y allí debía tomarla el conductor en la balsa que se mandó preparar. El viaje para las tierras calientes, la Costa Atlántica, etc., se hacía entonces en grandes balsas, que construían y dirigían los indios. No hay necesidad de recordar que la calzada que más tarde se construyó hasta Fontibón se hizo á esfuerzos de un oidor enamorado que tenía su tormento en una hacienda de la Sabana, para llegar á la cual era preciso atollarse en el barro hasta las orejas y dar muchos barquinazos. No fue, pues, medida de buen Gobierno ni celo por los

intereses del comercio el origen de esa calzada, que más tarde se convirtió en camino carretero, hoy sustituído por un ferrocarril, sino los negros ojos de una hija de Antón de Olaya, el cojo, encomendero de Bogotá, y el no despreciable caudal de que había de ser heredera.

En las orillas de la laguna, y de trecho en trecho, se veían grupos de juncales y otras plantas acuáticas que servían de asilo á los patos silvestres y garzas, que allí tenían sus nidos. Por entre esos grupos que el viento hacía doblegar, pasaban las balsas al apartarse de las playas, hasta salir á lo limpio de las aguas. De allí para adelante la desterrada iba, como si dijéramos, de justicia en justicia, hasta llegar al puerto de Guataquí, en el Magdalena, por entonces, el más frecuentado, pues yá se iba abandonando la vía de Opón, por el Norte, que fue la primera que tomaron los Conquistadores para venir al interior.

Quince minutos haría que había dejado la tierra la embarcación en que nuestros navegantes se deslizaban suavemente por sobre la superficie de las aguas, rizada apenas por el vientecillo fresco de una hermosa mañana, cuando distinguieron á lo lejos otra balsa que todo bogar dirigían dos hombres que no eran ciertamente diestros en el manejo del remo ó canalete de los indios, que era una vara de veinte ó más palmos de largo.

Cuando estuvieron yá cerca, se vio que eran personas de distinción, que se dirigían, haciendo grandes esfuerzos, á la otra balsa, como para darle alcance. El conductor, que nada podía sospechar, no se cuidó de apresurar la suya: antes la curiosidad como que lo movía á detenerse para saber qué era aquello, y se inclinaba á creer que era una excursión de recreo, cazadores de patos, aunque no veía arma alguna de fuego.

Cuando lograron dar alcance á la otra

balsa, yá Juana García había reconocido á Beltrán, y un grito de sorpresa se le escapó, á pesar suyo, suponiendo que, como antiguo conocido, había tenido tal vez la humorada de venir á acompañarla en el viaje. Pero no fúe menor su sorpresa cuando vio que el caballero que con él venía, apoyándose en su largo remo, dio un salto y pasó á su balsa. Reconoció al momento á aquel apuesto mozo que, lleno de contento, salía un día del templo ando la mano á su feliz compañera. Sólo ese día lo había visto, pero lo tenía muy presente, cuanto más que la fisonomía y aire noble de Gonzalo no podía borrarse de la memoria de quien una vez lo hubiese visto.

Dirigióse éste á la García, y con ademán severo y tono resuelto, dijo :

—¿ Sabéis lo que me trae por aquí ?

—Lo supongo : cansado de la vida quieta de Santafé habréis venido á buscar el movimiento y á balancearos sobre las dóciles ondas, como un pájaro en la rama.

—Algo más importante me trae; algo de que depende la tranquilidad, y, por consiguiente, la dicha de mi vida.

—Tanto así...... en este lugar, en busca de una pobre desterrada !......

—Sí ! de esa vida que vos habéis amargado, de esa dicha que habéis marchitado para siempre.

—Yo ! y qué es lo que pretendéis de mí !

—Sí, vos, con una calumnia infame, con una perfidia atroz, habéis lastimado la honra de mi esposa en los días en que ella y yo nos creíamos felices.

—Daba por terminado eso después de lo que ha pasado.

—No ! los efectos de la calumnia no pasan jamás; son una mancha que no se borra, una cicatriz que nunca desaparece.

—Pero qué más he podido hacer !

—Y al lastimar la honra de doña Clara, habéis lacerado en lo más delicado y profundo la mía. Necesito una declaración explícita de su inocencia, y un juramento solemne De lo contrario, yá lo sabéis.....

—Pero yá he reparado públicamente mi talta.

—No, eso no me basta. Conozco vuestra mala fe, vuestros procederes arteros. ¿Es seguro que decíais la verdad? ¿O sólo cubríais las apariencias para escapar del castigo, pero dentro quedaba la centina de vuestra malicia?

—Vuestra esposa me consultó y yo accedí á sus deseos.

—Esa consulta no me importa; yo desprecio vuestras cábalas y añagazas y todos esos embustes con que embaucáis á los simples. Pero hicisteis revelaciones emboscadas que me importa poner en claro. ¿Queríais referiros á otros amantes, á otros devaneos culpables y deshonrosos? Sí ó no?

—Lo que tenía que decir lo dije donde debía decirlo. Con vos nada tengo que ver; yo sigo mi camino para el destierro.

—Esa obstinación me prueba que mis dudas podían ser fundadas, y que vuestra

crueldad quiere afirmarme en ellas. Aquí, ahora mismo, habéis de jurar por Dios y una señal de cruz que doña Clara ha sido y es inocente.

—Os arrebatan los celos, señor, y si mi palabra no os basta, tampoco os bastará ese juramento.

—Jurad, os digo; aquí, por la cruz de mi espada, delante de los que nos oyen.

—Cedí ante quien debía ceder, pero á la fuerza y á las amenazas nunca! Oíd, don Gonzalo, la laguna comienza á bramar sordamente, el agua se agita...... algún acontecimiento siniestro os amenaza. Creedme, volveos á Santafé. Vuestra esposa os aguarda con ansia, aún puede ser feliz...... Esas dos garzas que atraviesan por delante de nosotros son una imagen de vuestra unión.

En efecto, el viento comenzaba yá á soplar con alguna fuerza, y levantaba un oleaje que hacía balancear suavemente las embarcaciones, y los animales acuáticos comenzaban á revolar de una parte á otra.

—Oid, sabia adivina, dijo don Gonzalo acercándosele más y alargando la mano derecha. ¿Qué me anunciais? Decidme la buena ventura en que sin duda sois tan diestra.

Y como vacilase un poco, don Gonzalo la apuró de tal modo que llegaron á la orilla de la balsa.

—Vamos! ¿qué leeis en esas rayas, qué os dicen de mi suerte futura?

—No os lo quisiera decir, pero...... esa línea que cruza otra más larga y desaparece, os anuncia más de una venganza.

—Mujer infame! No en vano erais el objeto del odio y del desprecio de las gentes sensatas. No ha mucho que jurabais ante Dios y los hombres que dejaríais ese odioso oficio para no volver á ejercerlo jamás, y yá lo habéis olvidado! Yo romper ese infame pacto que tenéis con el diablo. Bruja maldita! Si queréis salvar vuestra alma, haced un acto de contrición. Arrepentíos de vuestros pecados, y si no...... id á pagarlos al infierno!......

Y diciendo esto, tomó á la García por los dos brazos y con violento empuje la precipitó en el agua, que se abrió en grandes círculos para darle paso.

El estruendo que hizo su cuerpo al caer ahogó el grito de espanto que arrojó esta desgraciada. El indio conductor que, atemorizado por la escena que estaba presenciando, se había escurrido por un lado de la balsa, y tenía medio cuerpo sumergido en el agua, aguardando el resultado, subió inmediatamente, y mientras don Gonzalo y su compañero saltaban de nuevo á la suyo para emprender el regreso, alargó cuanta pudo el remo que tenía en las manos, por ver si, tocando el fondo, en el lugar donde cayó la García, lograba que ésta se asiese de él y pudiese tal vez salvarla; pero todo fue inútil.

IX

¿Cómo se hallaban don Gonzalo y Beltrán en aquel lugar y á esa hora? Fácil es imaginar que, sabedor aquél del día en que debía partir la desterrada, gracias á la acuciosidad de Penagos que todo lo averiguaba y en todas partes se metía, hizo preparar caballos y todo lo necesario para el viaje, é invitando á Beltrán, á quien yá miraba como su amigo, le confió el objeto de éste, recomendándole por su parte la más estricta reserva en un asunto que debía quedar oculto hasta donde fuese posible, como que podía importar la vida de los dos. Y no eran parte á disipar este temor ni el valor personal de Zuláivar, ni su despreocupación acerca de encantos y sortilegios. Cada cual sabe por propia experiencia que el corazón más entero suele en ocasiones ce-

der á la magia de aquel secreto temorcillo de lo maravilloso é incomprensible que lo avasalla. ¿Y quién, por escéptico que sea, no tiene alguna historia ó anécdota que referir, cuando llega el caso, sobre cosas inexplicables? La duda queda en todo, y allá en el fondo del corazón, aún del más incrédulo, suele quedar alguna raicecita seca que en su día brota y reverdece.

Salieron nuestros dos viajeros el día aquél antes de amanecer y al acercarse al lago, que estaba crecido con las lluvias, se apartaron un tanto de la vía trillada y se ocultaron en unos ranchos ó chozas de pescadores que en la ribera había, y que por entonces estaban desocupados, pues sus habitantes, como casi todos los de aquellos alrededores, estaban ausentes en el mercado de Cipacón, que era entonces bastante concurrido en dos días de la semana.

Concluída la comisión de los alguaciles, éstos regresaron á Santafé, y cuando los dos amigos, don Gonzalo y Beltrán, los vieron yá lejos, tomaron una de las balsas

que la suerte les deparó allí con sus remos, y entrando en ella, se dieron tal prisa á alcanzar la otra, que, como se ha visto, pronto llegaron al abordaje, y terminada la misión que allí los llevaba, retrocedieron sin pérdida de tiempo, tomaron una vereda distinta, y en menos de una hora estuvieron en la ciudad.

No había quedado sino un testigo de la pérdida del único pasajero que había en su balsa; pero bien se habría guardado de denunciar el hecho, ya porque los chibchas no eran muy escrupulosos en estas materias y estaban acostumbrados á hacer en algunas de sus fiestas esta especie de sacrificios; ó bien porque el temor que les inspiraban los españoles, á quienes miraban yá como sus amos, no les permitía hacer ni decir nada que pudiera ofenderlos en lo mínimo.

Nada volvió á saberse de la Juana García, ni era posible que se supiese. Pero la posición de don Gonzalo era falsa y delicada; él lo sabía y no se disimulaba que un día ú otro podría verse envuelto en dificul-

tades. Por otra parte, su felicidad no había sido enturbiada sino hasta el momento mismo de poner el pie en sus umbrales. El día de su boda había sido el de su intranquilidad y desazón. Sus celos no bien curados, el recuerdo del crimen que había cometido, el aire de preocupación y desconfianza que solía notar en el semblante de su esposa, siempre alegre y risueña en otro tiempo, desconfianza que nacía de ciertas ráfagas de tristeza que pasaban de vez en cuado como ligeras nubes por la frente de su esposo; todo esto hacía que él meditase el plan de ausentarse de Santafé, y había para ello el pretexto de ir á atender á los negocios que tenía en Santo Domingo, y que había dejado entablados en su primera ausencia.

Dejémoslo arreglar este asunto, y mientras tanto vamos á referir la historia del otro personaje mudo, mudo por naturaleza, y porque ningana parto ha tomado en los acontecimientos que se han referido.

X

Muchos días antes de la tragedia de la hechicera Juana se había visto con frecuencia por allá en los más altos riscos de nuestra cordillera una gran cabra negra de barba respetable, ojos de fuego y retorcidos cuernos, que paseaba majestuosamente de una en otra peña, y se detenía á veces largos ratos, como observando el magnífico panorama de la Sabana que tenía á sus pies, ó como oteando, con el cuello levantado, los lejanos horizontes que se extendían hasta la cordillera central. Sus paseos no se extendían más que desde los cerros de Usaquén hasta las colinas que dominan la ciudad y entonces se detenía en la que llamó después el vulgo el cerro de *Juana García* ó de *las Cruces*, porque allí habían fijado una cruz de madera.

A pesar de este misterio, nadie dudaba de que la cabra negra fuese de carne y hueso, como cualquiera animal, ó perteneciese á un hato de cabras que había en Chapinero, de las que trajo de España Alonso Martín, y que yá se habían propagado bastante. Poco sociable nuestra vagamunda, sea por una secreta inclinación á la vida solitaria, ó ya para confirmar aquello de que la cabra siempre tira al monte, lo cierto es que rechazaba la compañía de sus semejantes, no obstante que en ocasiones llevaba su dueño algunas de ellas cerca del punto donde se hallaba para ver si su misantropía cedía alguna vez al alhago de los berridos con que aquellas la llamaban. De todas huía subiéndose á lo más empinado como para burlarse de los que la llamaban, y entonces hería las rocas con los cascos, como amenazando á los que la seguían.

En ocasiones, cuando la tarde estaba hermosa, gustaba de salir al más alto pico, como para gozar de ese resplandor flavo,

entre dorado y rojo, que el vulgo llama poéticamente sol de los venados, y que son como los últimos adioses que el astro envía desde los confines del horizonte á las cumbres de las serranías. Entonces se la veía como una pequeña estatua de bronce dorado, destacándose sobre una escarpada roca que le servía de pedestal.

Los cazadores la habían seguido muchas veces, pero en vano: de todos se burlaba, y cuando llegaban á rodearla por diferentes puntos, siempre hallaba un desfiladero, un precipicio por donde arrojarse, y á donde no pudieran llegar sus enemigos. Pero cosa rara! Ninguno de ellos intentó nunca matarla: tal era el interés que les inspiraba. Los pocos anteojos de larga vista que había entonces en la ciudad solían andar de mano en mano cuando aparecía la muda visita, á fin de observarla con más comodidad, cual si fuese un astro nuevo.

Qué relación puede tener este episodio exótico con nuestro cuento, con el asunto de

éste, preguntará algún lector. Para nosotros ninguna, como no sea una intercalación que tiene algo de histórico y algo de fantástico, apoyada en el dicho ó creencia del vulgo de que el excéntrico animal no traspasaba los límites de sus paseos, del lado de la ciudad, y que únicamente llegaba hasta el *Cerro de la cruz* ó de *Juana García*. No faltaba quien dijera con misterio que desde aquel cerro ó colina era que esta mujer emprendía sus vuelos nocturnos para ir á asistir á sus aquilarres ó conciliábulos de brujos. Y si hubieran existido entonces en este país tantos hombres eruditos como abundaban en España, habrían hallado quizá alguna coincidencia entre la etimología de la palabra *aquelarre*, que significa *prado del cabrón*, y la aparición de la barbuda alimaña. Por supuesto que todas estas relaciones, eran inventadas después que Juana García había partido de Santafé.

Como quiera que sea, se dijo que en los días en que tenía lugar el juicio de la bruja, desapareció la solitaria, y que después no se la veía yá de cuándo en cuándo sino por los lados de la Calera.



XI

Partió al fin Zuláivar de Santafé en compañía de doña Clara, que ninguno de los dos habría querido separarse del otro ni aun por poco tiempo: se sabe cuándo comienza la ausencia, pero no cuándo acaba. Además, las ansias crecen con la distancia, en proporción que las esperanzas menguan, y que la imaginación se ejercita proponiendo siempre lo peor al corazón. Para dos enamorados—¿quién no lo está en los primeros días de su matrimonio?—la ausencia hace el oficio del viento, que como yá lo dijimos, extingue el fuego, si es pequeño, ó le enciende más si es grande.

Dejar patria, ó familia, ú hogar, ó amigos es doloroso; cambiar de cielo, de aires, de alimentos, de costumbres, no lo es menos en lo material; y si á esto se agregan

los incidentes varios en un viaje dilatado en nuestra América, y en aquellos tiempos, las contrariedades de todo género, la inseguridad de los vehículos, el desacomodo de las posadas, la desigualdad de los climas, no hay para qué ponderar lo que tendría que sufrir nuestra andante pareja en el laborioso viaje desde las mesas andinas hasta las playas atlánticas.

Pero, en fin, si llegar á donde se va es una felicidad, ellos llegaron felizmente á la isla de Santo Domingo á donde se dirigían y donde don Gonzalo tenía intereses de cuantía, más un pleito que parecía estar en buen pie. Allí vivieron contentos el primer año. Para doña Clara la novedad de los objetos, el movimiento del comercio, el trato franco y amable de los insulares, la hicieron, no olvidar el nido que dejaba, pero á lo menos sobrellevar su ausencia y la separación de los suyos, de quienes le llegaban noticias de vez en cuando.

Pero la desgracia no tiene día fijo: viene

como el ladrón, según la expresión evangélica, cuando menos se piensa. Aquel día de gozo que anuncia la venida del hijo primogénito, fue para ellos de dolor y llanto: la madre y el hijo murieron ambos, y las primicias de los besos paternales los recogieron los cuerpos helados de los dos séres más queridos para don Gonzalo. Fue necesario resignarse, pero comprimiendo un dolor inmenso que casi hacía estallar el corazón del sensible esposo.

Vivió éste inconsolable durante mucho tiempo y parecía que la existencia se le acababa como la llama de una lámpara pronta á extinguirse, hasta que por consejo de médicos y amigos, resolvió hacer un viaje á Europa, á donde lo llamaban también otros cuidados. Residió algún tiempo en Sevilla y luégo recorrió varias ciudades del reino, llevando por donde quiera la espina que tenía clavada en al carazón. De España pasó á Italia, y en estas excursiones duró más de tres años, tiempo en el

cual se fue calmando su pena, porque ni el placer ni el dolor para la humana naturaleza pueden durar indefinidamente, y es una sabia disposición providencial.

En una de las capitales de Italia tuvo ocasión de relacionarse con el Marqués de Haro, que, recién casado con una noble y hermosa dama, viajaba también por recreo, quienes le brindaron su casa y le dispensaban finas atenciones. Al regreso del Marqués á Sevilla, donde vivía, la Marquesa, señora de gran tono, rica y amiga del rumbo y brillo del mundo, quiso tener á su servicio dos ó tres jóvenes, de humilde condición, pero honradas, en calidad de camereras ó compañeras. Presentáronsele, en efecto, algunas, entre las cuales escogió dos tan bellas como modestas. Una señora de pobre apariencia le llevó una joven de quince años, bella en extremo, amable y recatada, y llevaba la recomendación de una casa de religiosas donde había recibido su primera educación para oficios domés-

ticos desde la edad de cinco años. La señora la aceptó inmediatamente, encantada con las maneras sencillas y trato candoroso de la postulante, más que con su belleza, y desde luégo la colocó á su lado, y la dio los vestidos y demás cosas correspondientes á su nuevo estado; y fue tal la fortuna de ésta que logró en poco tiempo captarse la confianza y el afecto de su ama, hasta el punto de que la trataba y consideraba como si fuese su propia hija. El tiempo afirmó esta especie de adopción, pues los Marqueses no tenían sucesión en su matrimonio.

Esto hizo que Zuláivar, á su regreso á Sevilla, donde siguió cultivando sus íntimas relaciones con la casa, tuviese frecuentes ocasiones de ver á Flora, que así se llamaba esta verdadera flor de aquel jardín; pero siempre la miró con aquella reserva que el decoro y las conveniencias sociales exigían, y aunque yá parecía hacer parte de la familia, jamás tuvo para ella una pa-

labra lisonjera, ni una demostración de preferencia.

Pero notaba don Gonzalo que el recuerdo de Flora le venía con frecuencia á la memoria, y que lo preocupaba más de lo necesario aquella fisonomía diferente de todo lo que había visto en sus largos viajes El candor, la discreción, la sobriedad, esa gracia sencilla y natural de que estaba dotada, como con un rayo de luz celestial, raro presente que la naturaleza hace á ciertas mujeres privilegiadas, lo habían seducido hasta el punto de triunfar del esfuerzo que involuntariamecte hacía para sacudir el yugo que yá sentía sobre su frente. No era una pasión instantánea y violenta la que en él había nacido, pero por lo mismo más firme y duradera. Era la gota de agua que cae lenta y silenciosamente sobre la blanda piedra.

Como Flora era muy económica de sonrisas, y un tanto avara de tiernas miradas, con lo cual las hacía más valiosas y ape-

tecibles, no sabía él de qué impresiones era capaz ese corazón inocente, ni aun siquiera si ella hubiera hecho alto en las que él había recibido. Así, pues, siempre pundonoroso y noble, y después de haber meditado mucho el partido que debía tomar, resolvió adoptar el camino más corto. Huyó, como José, aunque en muy diverso sentido, pero dejó la capa y tuvo que volver por ella: quiere decir que huyó de Sevilla, pero dejó su corazón en la casa del Marqués, en los jardines, alamedas y emparrados de su palacio, en las ondas del poético Guadalquivir, donde tantas veces había visto reflejarse la imagen que le perseguía.

En estas materias, y cuando el peligro es insuperable, el vencedor es siempre el que huye. Volvió don Gonzalo á Santo Domingo con la esperanza de que la tempestad que se había levantado en su pecho se fuese calmando poco á poco.

Pero cuántos tristes recuerdos vinieron á remover allí el fondo de su vida anterior

y á oponerse á la tranquilidad que buscaba! En primer término la memoria tenaz de aquella venganza irreflexiva, de aquel crimen de que en vano se había arrepentido, y que, como una sombra fatídica lo perseguía; después venía, no menos amargo, el de su amada compañera, muerta prematuramente y en los momentos más solemnes de la vida de una mujer, cuando va á ser madre por primera vez, y á poner el sello y complemento á la felicidad conyugal.

No se hallaba bien en su nueva residencia, pero hacía esfuerzos para resignarse, y conservaba cierta secreta esperanza de volver á España, de donde tantos gratos recuerdos conservaba, mezclados con sus penas.

XII

La casa de los Marqueses era uno de los centros predilectos de la sociedad aristocrática de Sevilla y la frecuentaban sujetos de distinción, que hallaban allí ratos de solaz y entretenimiento en la amena conversación, la danza, el juego y demás pasatiempos propios de la alta clase. Entre ellos se contaba el ilustre caballero Fonseca, descendiente de aquel famoso Embajador que supo humillar al rey de Francia Carlos VIII, joven interesante, no tanto por los nobles precedentes de sus abuelos, ni por el título que llevaba, ni por la antigua familia á que pertenecía, sino por su gallardía, cultura y maneras distinguidas.

Más de una vez había tenido ocasión de ver en estas reuniones á la bella Flora,

cuyo atractivo lo había cautivado hasta el punto de no poder disimular la impresión que le causaba. Pero se veía contrariado en aquella afición, ya por la desigualdad de condiciones, pues aunque la joven se tenía como parte de la familia y como tal se la trataba, su origen y ascendencia eran inciertos y aun misteriosos, ya porque la de Fonseca tenía otras miras y alimentaba el proyecto de un enlace proporcionado con una dama hermosa, noble y rica.

Flora por su parte no daba señales de corresponder á esta incipiente pasión, quizá porque no se había apercibido de ella, puesto que el Marqués no le había dicho una sola palabra que le manifestase su amor, ó bien por creer descaminado é inverosímil aquel devaneo: tal era su candor y sencillez, y aun más, su humildad.

Los meses pasaban y nada se adelantaba en este asunto, y la vacilación del mudo pretendiente no acertaba á tomar una resolución.

En este intermedio uno de los amigos de la casa y amigo de don Gonzalo Zuláivar, con quien mantenía correspondencia, le escribió, como se lo había ofrecido, dándole noticia de lo que ocurría en la ciudad y en la casa de su tertulia favorita. Este buen amigo creyó de su deber comunicarle lo que sabía ó había podido colegir de la afición de Fonseca por Flora y del proyecto que él suponía estaría madurando.

Grande impresión hizo esta noticia en el ánimo de don Gonzalo, que conservaba viva en su pecho la llama encendida en Sevilla y que lo atormentaba sin tregua.

Y este alarma fue un aguijón poderoso que lo hizo fijar resueltamente su pensamiento de arrostrar por todos los inconvenientes. Es verdad que era noble y rico, y que el recuerdo de su primera mujer que él no podía olvidar, aunque habían pasado yá años de su fallecimiento, detenían los arranques de la nueva pasión; pero, en fin, él era libre, joven y la vida de solte-

rón que llevaba le fastidiaba. Como no le habían quedado hijos á quienes cuidar y á quienes prodigar su amor y caricias, su corazón ardiente le llamaba á compartir su felicidad con una mujer digna de su afecto.

Para él la desigualdad de condiciones no era un obstáculo: antes le proporcionaba la ocasión de mostrar su generosidad y desinterés con una joven huérfana y destituída de fortuna.

Aunque vaciló todavía por algún tiempo, al fin arregló sus negocios y se embarcó para España. Allí tuvo el placer de volver á encontrar á sus antiguos amigos y la dicha de ver de nuevo al dulce tormento que allá lo arrastraba. La amable, y aun familiar acogida que le hicieron los dueños de casa, aun la misma Flora que parecía alegrarse sinceramente de su regreso, le infundieron bríos y l' dieron esperanzas, aunque leves, y no exentas de temores, de un triunfo más ó menos remoto.

Llegó al fin la crisis que había de decidir de la suerte de las tres principales personas que en esta relación figuran. Fonseca se anticipó, á pesar de la oposición yá abierta de su familia, á quien había comunicado sus proyectos, á descubrir éstos á los que hacían las veces de padres de Flora, los cuales, perplejos acerca de lo que debían contestar, se abstuvieron de hacerlo antes de conferenciar con los otros. Siendo Flora una joven que pasaba por huérfana—aunque en realidad no se sabía si tenía padres, ó por lo menos uno de ellos, y teniéndose dudas acerca de la legitimidad de su origen, ó qué entronques tendría entre las gentes de su clase, no sería bien visto en aquella sociedad y en aquel tiempo, que personas de tal categoría se uniesen con lo que podríamos llamar una *recogida*. Este era punto muy delicado para la nobleza de España que no aceptaba admitir en sus filas la levadura de una democracia intrusa con quien tendría que rozarse á cada paso.

De aquí surgió la necesidad de averiguar por una y otra parte estos puntos oscuros. De las diligencias hechas sólo resultó lo que yá se sabía: que una mujer ó señora, que se decía viuda de un personaje cuyo nombre se había olvidado, la confió desde la edad de cinco años á una comunidad de religiosas que por caridad la recibieron y enseñaron, como lo hacían con otras. Que uno de los motivos que expuso para esto fue el de que debía ausentarse del país por tiempo indefinido y no tenía en quien depositar confiadamente á la niña. Que en efecto, se supo que había partido para América y no se había vuelto á saber de ella. De nada de esto daba noticia la niña por no conservar recuerdos claros ni de la que se suponía ser su madre, ni de sus primeros años, pues apenas contaba de cuatro á cinco cuando las Madres la recibieron. Veremos en seguida cómo vino á descubrirse el hilo de este misterio que tan preocupados tenía al de Fonseca y Zuláivar.

XIII

Con motivo del cumpleaños de la Marquesa de Haro había fiesta especial en la casa, y uno de los invitados era el Capitán don Alonso de Herrera, recién llegado del Nuevo Reino, donde había militado con fortuna durante algunos años y regresaba á España á ver á los suyos, antes de emprender viaje á Lima, á donde iba destinado con cargo importante.

Justo es aprovechar la ocasión para hacer un recuerdo honroso de este meritísimo sujeto. Durante su residencia en el Nuevo Reino de Granada había prestado grandes servicios en el Gobierno del Presidente Venero de Leiva. El había logrado con infinitos esfuerzos pacificar á los indios Colimas, tribu tenazmente rebelde y feroz, que perpetró mil horrores. Pero más loor me-

rece, dicen los historiadores, por haber sido el primero que descubrió y allanó á sus expensas é hizo transitable la vía de comunicación de la capital á Honda, introduciendo el servicio de recuas para libertar á los indios de la triste condición de bestias de carga ; y reunido con Hernando Alcocer, entabló la navegación del Magdalena en *champanes* que hizo construír y traer de la costa, y estableció las bodegas de Honda asentando el puerto en aquel lugar. Hoy es, y todavía disfrutamos, y disfruta el comercio de nuestro país de aquellos beneficios que no han tenido hasta el presente mayor ensanche, ni esperan tenerlo en época muy cercana, si se exceptúa la gran mejora de la navegación del río en numerosos vapores que han sustituído á los embrionarios champanes con sus semibárbaros bogas.

Había notado Herrera desde su llegada la belleza y porte noble de Flora y tuvo la curiosidad de preguntar á la Marquesa quién era aquella joven. Ella le refirió sen-

cillamente lo que yá sabemos, y los motivos por qué estaba en su casa, al principio en calidad de camarera, y después casi como hija, debido á sus finos modales, dulzura, afecto extremado á la casa y demás buenas prendas que la hacían acreedora á una suerte menos triste que la de una huérfana *recogida.*

Durante el diálogo llegaron del comedor donde habían estado Fonseca, Zuláivar y algunos otros, á tiempo que la Marquesa agregaba:

—Se sabe que la madre, ó supuesta madre de esta chica, partió hace muchos años para América, pero ninguna noticia se ha tenido de su paradero.

—Yo conocí—dijo Herrera—en Santafé una tal Juana García que había venido allí con otros compatriotas, quizá en busca de fortuna: persona poco conocida ni relacionada.

—Y nunca se supo si tenía familia ó parientes en España?

—Nunca. Vivía medio oculta y se rugía por lo bajo que sus ocupaciones eran algo sospechosas. Tenía cierta fama de curandera, ó como decía el público, *yerbatera.* Se sospechaba que tenía secretas relaciones con los *mohanes* ó adivinos de los indios, que le enseñaban algunos de los muchos secretos que poseían.

Don Gonzalo, que había alcanzado á oír las últimas palabras de este diálogo, sobrecogido, casi aterrado, había dejado la conversación que con otro de los tertulios tenía y se había acercado para oír lo que se decía.

—Y cuál fue la suerte de esa mujer?

—La bruja, como la llamaban algunos, fue al fin descubierta y aun acusada de hechicería, se le siguió un juicio, y excomulgada por el Obispo, se la condenó á salir desterrada perpetuamente del Reino.

Bien se alcanzaba al que esto decía que don Gonzalo, que le estaba oyendo, sabía todo esto muy bien, y la parte que él y su mujer tenían en este drama, ó más bien

el papel que en él habían hecho; y aun iba á reforzar su testimonio con el de su amigo, cuando al preguntarle la Marquesa qué suerte había corrido la bruja, Zuláivar dejó escapar un grito ahogado y cayó desplomado en un sillón, casi sin sentido. Acudieron á él todos los que allí estaban, atribuyendo á cualquier otra causa el accidente repentino que le había atacado, y le hicieron respirar esencias y sales para reanimarlo, pues su palidez era tal que inspiraba temores; pero él permanecía inmóvil y no podía hablar una palabra, aunque se le preguntaba con interés qué sentía.

Así pasó largo rato durante el cual, habiéndose sabido el caso entre los demás asistentes, ocurrieron, unos por curiosidad, otros por afecto y amistad. Al fin dijo don Gonzalo con voz desmayada: "estoy bien, no ha sido nada...... un vértigo...... tal vez algún exceso en la comida." Y habiendo manifestado deseo de retirarse, varios de sus amigos se ofrecieron á acompañarle

hasta su casa, como en efecto lo hicieron

Entre todas estas demostraciones no fue la que menos le llamó la atención y le llenó de júbilo, las atenciones y el vivo interés que muy á las claras dejó ver la sensible Flora, que también había ocurrido á prestar su auxilio; y al despedirse don Gonzalo y salir de la sala notó en el semblante de la bella joven la expresión de un verdadero sentimiento y de una sincera pena, indicio de que no le era indiferente

XIV

Triste, delicada y aun terrible era la situación de don Gonzalo. Casi no podía dudarse que su víctima de la laguna de Fontibón era la madre de aquel ángel á quien amaba, y con quien deseaba unir su suerte.

También era evidente que él había cometido un delito, que, aunque había quedado oculto hasta entonces, estaba de continuo presente en su memoria y lo atormentaba sin cesar. ¡Cuál no sería, pues, su remordimiento en circunstancias tan críticas! No sólo había dado muerte á una mujer que no podía defenderse, en ejecución de una venganza, quizá justa, pero al fin venganza, porque, aunque pueda ser aceptable aquello de que "Vida y honra que se pierden no se cobran mas se vengan," esas teorías de un bastardo y ficticio honor y muy poco cris-

tianas no caben en un pecho noble y generoso; no sólo, decía, había dado muerte á una mujer, sino que esa mujer había dado el sér á la que al presente era todo el objeto de su amor y de sus ansias, á la que había cautivado su corazón, y reinaba en él como dueño absoluto.

En esta ansiedad pasaron varios días sin que don Gonzalo se atreviese á salir de su casa, ni mucho menos presentarse en la de los Marqueses: la vergüenza, el temor, la incertidumbre lo tenían como clavado en lla. Pero, en fin, era preciso tomar una resolución. Cuando repuesto de la primera impresión y calmados algún tanto los arranques de una agitación de espíritu que casi rayaba en desesperación, pudo poner en orden sus ideas y dar lugar á la fría reflexión, escribió á los Marqueses diciéndoles que el incidente de la noche funesta en que había sido objeto de sus atenciones, que agradecía en el alma, exigía una explicación que anhelaba dar para definir su

situación, y que con este objeto, si á bien lo tenían, los invitaba para una entrevista, á que deseaba estuviesen presentes su amigo don Alonso de Herrera y aun Flora misma, á quien interesaba demasiado tal conferencia.

No dudaron los de Haro en acceder á tan justo deseo, y señalada la hora y el día, se reunieron en la casa de los mismos Marqueses. Allí expuso don Gonzalo con la claridad y sencillez que el asunto exigía, el motivo de aquel extraño accidente que tánto los había preocupado, y con visible emoción refirió punto por punto la historia que yá hemos visto en el curso de esta narración: sus amores con doña Clara; su viaje á la isla de Santo Domingo; el paso arriesgado que ésta había dado llevada de su amor y de los temores que le infundía su larga ausencia; lo que pasó en casa de la Juana García, sin omitir la circunstancia de los carteles fijados por ella en las paredes del Cabildo de Santafé, anuncian-

do el naufragio de la flota en que iban presos los Oidores Góngora y Galarza.

En seguida refirió los denuncios que hubo contra la que se decía bruja y las sospechas de ésta de que doña Clara ó don Gonzalo eran los autores de ellos, por lo cual les juró terrible venganza. Vino en seguida la relación de su matrimonio y la escena que al salir del templo hubo en la calle con la García. En fin, nada omitió, hasta referir, no sin notable alteración en su semblante y en su voz, y sin tomar antes algunos minutos de respiro, todo lo que pasó en el drama de las balsas que navegaban en la laguna de Fontibón cuando la hechicera salía de Santafé desterrada perpetuamente del Reino. Finalmente, refirió su determinación de ausentarse con su esposa de una tierra en que amargos sinsabores no le habían permitido gozar de la dicha de su matrimonio. Al llegar á hablar de la muerte de doña Clara y del primogénito que acababa de nacer no pudo menos de lamentar tamaña desgracia.

Oyeron en silencio y con muestras de sumo interés todos los que allí estaban la trágica historia que Zuláivar les refería, y cuando hubo concluído, fuertemente impresionados, callaron también durante largo rato, como aquellos que oyeron la triste relación de Eneas que cuenta Virgilio.

Al cabo el Capitán Herrera, rompiendo el silencio y con un largo suspiro, dijo, dirigiéndose á don Gonzalo:

—Todavía hay un incidente desconocido para vos, y que justifica más, si es posible, la venganza que tomasteis de aquella mala mujer. Algún tiempo después de que partisteis de Santafé se presentó ante el señor Obispo una joven indígena para comunicarle, con súplica de reserva, cómo Juana García, que se tenía por bruja en esa ciudad, y que como tál fue desterrada de ella, antes de partir la había llamado para hacerle una confianza, con promesa de una buena remuneración, y le había entregado un pomito que contenía cierta sustancia,

instruyéndola para que pasado algún tiempo se presentase en la casa de doña Clara, ofreciéndosele en calidad de sirvienta, oficio para el que entonces eran raras las mujeres que había, y aprovechando una ocasión, si era que la recibía, mezclase aquello en la comida ó bebida de la señora y de su marido. Díjole que aquella sustancia no producía efectos alarmantes, sino únicamente, al cabo de dos días, un profundo sueño, del cual no se despertaba hasta que otra sustancia venía á destruír los efectos de la primera. Claro está, añadió el Capitán, que esta segunda parte era muy dudosa, y que el objeto era envenenarlos á ambos, ó por lo menos á uno de vosotros.

Por las preguntas, agregó el Capitán, que le hizo el señor Obispo, vino en conocimiento de que esta joven muisca era la misma que con su madre ayudaba en la cocina y otros oficios á Juana García, aunque nada sabía de sus secretos manejos.

—No en vano me decía ella, exclamó Zuláivar turbado, estas palabras, que conservo en mi memoria, cuando disputábamos á bordo de nuestra frágil embarcación: "Oid, don Gonzalo, la laguna comienza á bramar sordamente, el agua se agita...... algún acontecimiento siniestro os amenaza." Y después, cuando para burlarme de ella, le alargaba la mano, y le decía: "Oid, sabia adivina: ¿qué me anunciais? Decidme la buena ventura en que sin duda sois tan diestra. Vamos! ¿qué leeis en esas rayas? ¿qué os dicen de mi suerte futura?" ella contestaba con un gesto infernal, que aún me parece ver: "No oslo quisiera decir, pero...... esa línea que cruza otra más larga, y desaparece, os anuncia más de una venganza terrible......" No en vano dijo también en alta voz cuando la conducían presa, y doña Clara y yo salíamos del templo, donde habíamos recibido la bendición n.p.ial: "Unos van á la cárcel y otros al festín...... Don Gonzalc, tomad hoy una

copa á mi salud, y á la de mi amiga doña Clara. Pero ¡ cuidado que los hechizos de ésta no se tornen en desventura para ambos !......" Sí esa era la venganza que dejaba preparada contra dos víctimas inocentes !...... Pero todo se lo perdono, como espero que Dios me habrá perdonado yá el crimen que cometí, y de que deseo vindicarme.

—Sobre todo, dijo Herrera, si la acción de la justicia humana está yá prescrita por el trascurso del tiempo, no necesitáis vindicaros.

—Cuanto más, añadió el Marqués, que los sucesos referidos no se han hecho trascendentales. Creo que todo debemos echarlo en olvido.

—Ahora bien, señor Marqués y señora Marquesa de Haro, permitidme que sea osado á haceros una confidencia. Hablo con la franqueza y con la lealtad que cumplen á un caballero. Mi suerte está en vuestras manos y yo me someto á vuestra decisión.

Don Gonzalo titubeaba en continuar, temeroso de que esta peripecia inesperada fuese recibida, no sólo con extrañeza, sino aun con sorpresa y desagrado; pero la Marquesa le animó con benévolas palabras, que apoyaron los demás.

—Pues bien, señores, yá que me lo permitís, yo amo á Flora hace mucho tiempo...... ¿Tendré que alabar su belleza, su carácter, su modestia y todas las bellas prendas que la adornan, y que forman de ella un tipo angelical, capaz de hacer feliz á cualquier hombre? Todo mi anhelo, toda mi esperanza, todo el porvenir de mi vida, se cifran en unirme con ella. Sé que tengo un rival de quien no me toca á mí hablar, caballero, noble, rico y joven. No me atrevo á decir que la suerte se echará entre los dos; pero, si tanto vosotros como Flora me creyeren indigno de tal competencia; si aun creyéndome digno le dieren á él la preferencia, yo la respetaré, me resignaré al decreto de la suerte ó iré á ocul-

tar, no mi vergüenza, pero sí mi dolor al fin del mundo, deseando que Flora sea feliz.

Un largo silencio siguió á esta exposición de don Gonzalo, y entre tanto la hermosa Flora enjugaba las lágrimas que involuntariamente brotaban de sus ojos desde el principio de esta conferencia, que tan amarga y dolorosa fue para ella.

Al fin dijo el Marqués:

—Puesto que decís que tenéis un rival, cosa que no se nos oculta, preciso será aguardar el desenlace que tarde ó temprano ha de tener este asunto. Ninguna opinión puedo daros por mi parte en este momento, ni favorable ni adversa. El tiempo se encargará de resolverlo todo, y entre tanto, meditaremos en ello.



XV

Terminada esta conferencia, que dejó impresiones varias en los ánimos de los circunstantes, se retiraron éstos, con promesa de volver á reunirse cuando las circunstancias lo exigieran para tratar de nuevo del asunto.

Aunque éste había tenido el carácter de reserva, no dejó de trascenderse algo, por caminos no pensados, entre ciertas gentes de largo olfato, y un *se dice* circulaba con misterio entre los grupos de la tertulia de Haro, como el vago rumor que hace la brisa entre los árboles. Sabido es que siempre y en todas partes la ociosa clase de la sociedad que se llama nobleza, hace su comidilla ordinaria de la crónica local para alimentar sus largas veladas, y anda á caza de noticias, ciertas ó falsas, que dar ó que recibir.

No es extraño, pues, que algo de esto trascendiese el de Fonseca, y que hubiese llegado á sus oídos, con más ó menos exactitud, la verdadera historia de la hermosa Flora, de quien, por otra parte, no tenía prenda alguna de simpatía ó afecto de qué envanecerse: tal era la reserva de la encantadora joven á quien amaba.

Una vez carciorado de la verdad, y roto el velo del encanto ideal que lo tenía fascinado, hubo de desistir por completo de sus proyectos y esperanzas, y suspendió poco á poco las diarias visitas que hacía á la casa. Una joven plebeya—decía allá para sus adentros—recogida por caridad, pobre, hija de una bruja!...... Horror! Yo la amo, pero...... las conveniencias sociales ponen una valla entre los dos; la oposición, justa, es verdad, de familia que creería imprimir una mancha en su limpio linaje con tan desigual enlace, y sobre todo la incertidumbre en que estoy todavía de que ella corresponde á mi amor......

Estos pensamientos venían en la lucha del amor con el orgullo, y sin saberlo, dejó el campo á su dichoso rival que, más generoso y despreocupado, iba tal vez á ver coronadas sus esperanzas y asegurada su dicha.

Cuando al cabo de algunos días volvieron á verse á solas los marqueses con don Gonzalo, éstos, que no tenían interés directo personal, ni de familia en la elección, manifestaron ingenuamente no hallar objeción alguna que hacer por su parte á la pretensión de Zuláivar, y que lo dejaban á la decisión de Flora, puesto que ella era libre para resolver lo que más le conviniera, y que, según parecía, el de Fonseca había renunciado á la suya.

Al efecto hicieron llamar á Flora, á quien manifestaron lo que acababa de decir á Zuláivar. La joven, encendida el rostro por el rubor y con respiración anhelante por el sobresalto, bajó los ojos y guardó silencio, hasta que aquél se aventuró á di-

tigirle la palabra y la dijo con acento de extremada dulzura y respeto.

—Flora, vos me juzgais sin duda delincuente, á vuestros ojos soy un hombre indigno aun de estar delante de vos ; pero imploro vuestra indulgencia y aguardo el perdón de mi falta. ¿Vuestro corazón angelical podría negármelo ? Quiero dar una reparación solemne de ella y del agravio que sin querer os he inferido. Esa reparación será ofreceros mi mano, y con ella mi corazón, mi nombre, mi posición y mi fortuna: todo lo pongo á vuestros pies en presencia de Dios y de las respetables personas que están presentes. Pero si aun no os dignaréis aceptarlos, no me guardeis rencor, os lo suplico. Hablad, mi suerte está pendiente de vuestros labios......

—Pobre madre mía !...Yo lamento su desgracia, pero no habría podido aprobar sus extravíos...¿ Por qué no está aquí á mi lado para participar de la felicidad que el cielo me concede ? Si era mi

madre ¿ por qué me abandonó en edad tan tierna...y para no volver á verla más? Gracias á la generosa bondad de los señores Marqueses, que han sido mis segundos padres, y á quienes debo mi feliz suerte, no me veo sola en el mundo,...criatura miserable sin arrimo ni protección...Cuánto me costaría separarme de ellos!...Pero si el cielo lo quiere, si ellos consienten...

—Ah! continuad, bella Flora, vuestras palabras abren mi pecho á una dulce esperanza!... —interrumpió don Gonzalo— Con que no me creeis indigno de vuestra mano?

—Ni de mi corazón, contestó Flora. Siempre he tenido grande afecto por vos. El mío me decía en secreto algo en favor vuestro. Cuando os veía me alegraba... cuando estabais ausente, mi memoria venía en su ayuda. Si los señores Marqueses —si mis amados padres diré mejor—me dan gustosos su aprobación... vuestra soy.

No pudo Zuláivar contener su gozo y

en el delirio de la embriaguez, se acercó á Flora, y tomándole la mano, besó con tierno transporte; y lleno de júbilo y de entusiasmo se retiró, haciendo á los de Haro las más rendidas manifestaciones de gratitud por la dicha de que lo colmaban, dicha que no podría recompensar sino con una absoluta consagración á su servicio y con un acendrado y eterno amor.

Dos meses después se celebraban con alegres festejos en la casa de los Marqueses de Haro las bodas de la hija de Juana la bruja con don Gonzalo Zuláivar. Ninguno de los amigos de la casa se desdeñó de asistir á ellas, y antes felicitaban cordialmente á la feliz pareja.

1890.

This preservation photocopy was made and hand bound at
BookLab, Inc., in compliance with copyright law.
The paper is Weyerhaeuser Cougar Opaque
Natural, which exceeds ANSI
Standard Z39.48-1984.
1993

